

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

ÉPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 10 — Madrid 5 de Abril de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *La crítica*, por don Valentín Gómez. — *Las palmas*, por D. Teodoro Peña Fernández. — *El Crucifijo*, por D. Félix de Llanos. — *La Iglesia y la civilización* (continuación), por D. Eduardo Egea Sánchez. — *Robespierre* (continuación), por D. Ceferino Suárez Bravo. — *Progreso de los trabajos del canal de Panamá*. — *Aguas potables*. — *Miscelánea*. — *Advertencias*.
GRABADOS. — *Mater dolorosa*. — *Cabeza de Nuestro Señor Jesucristo*. — *Portada del monasterio de Ripoll*.

LA DECENA

PRINCIPIA la que hoy me corresponde registrar con una de las más solemnes festividades de la Iglesia Católica: «La Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Hijo de Dios», que es como el prólogo de la gran epopeya cristiana.

Esta fiesta fué instituída por la Iglesia desde los primeros siglos, en memoria del celestial mensaje del ángel Gabriel á la Virgen María, anunciándola que el Hijo de Dios tomaría cuerpo en sus purísimas entrañas, y se celebra el día 25 de Marzo, aniversario, según San Agustín, del grande acontecimiento á que debe su origen.

No creo que se haya precisado la fecha exacta de la institución de esta fiesta religiosa, pero no cabe duda de que se remonta á una gran antigüedad, puesto que ya San Atanasio hacía mención de ella en uno de sus sermones.

Sin duda para más enaltecerla, publicó el Patriarca Nicéforo una Constitución autorizando á los fieles para prescindir del ayuno el jueves ó viernes de la Semana Santa, si coincidía con alguno de estos días la fiesta de la Anunciación. Pero un Concilio celebrado en Toledo el año 656 para mantener la integridad de la Cuaresma, ordenó que, en tal caso, se trasladase la celebración de la fiesta á la



MATER DOLOROSA. — Escultura del Sr. Querol (de fotografía).

semana anterior á la Natividad. Algunas Iglesias de Oriente conservan aún esta costumbre; los sirios la han colocado en el día 1.^o de Diciembre, y los armenios en el 5 de Enero, víspera de la Epifanía; pero en la Iglesia latina ha recobrado su antiguo puesto.

No sé si agradecerán mis benévolos lectores, ya que en esta sección que me está encomendada jamás consigo recoger acontecimientos de interés, que dedique media docena de cuartillas á recopilar algunos apuntes iconográficos (innecesarios para los eruditos, pero curiosos para los que no lo somos) acerca de la fiesta de la Anunciación, en lo que se relaciona con el arte cristiano.

Hay pocos asuntos religiosos que hayan sido tratados con más frecuencia, y casi me atrevo á decir con más fortuna, por los pintores, escultores y dibujantes desde la más remota antigüedad. No habrá seguramente uno solo de mis lectores que no haya visto en cien sitios diversos, sagrados ó profanos, alguna representación pictórica ó escultural de tan sublime misterio.

No es posible llevar más lejos las investigaciones que á las Catacumbas de Roma, refugio de los primeros cristianos y riquísimo plantel de mártires de nuestra santa fe. Pues bien, en aquellos subterráneos encontramos ya una pintura alusiva á la Anunciación; con la extraña particularidad de que el ángel Gabriel está representado sin alas, contra lo preceptuado por San Juan Crisóstomo, que recomendaba se aplicasen á dicha figura atributos celestiales, á fin de que la sencilla rudeza de los neófitos no le confundiese con un hombre mortal.

Descartando de esta rapidísima reseña muchos monumentos notables de la antigüedad cristiana en que figura la Anunciación, citaré un bajo-relieve de la iglesia de San Miguel, en Pavia, perteneciente al

siglo VII; un mosaico del gran arco del coro de Santa María la Mayor, de Roma; una escultura de la puerta de bronce de la basílica de San Pablo, extramuros de la misma ciudad, obra bizantina del siglo IX; un preciosísimo bajo-relieve de la fachada de la iglesia de Orvieto, atribuida a Nicolás de Pisa, del siglo XIII, y un sinnúmero de miniaturas, esculturas en madera y cristales pintados, debidos a artistas de la Edad media, cuyo índice sería interminable.

La *Anunciación* fué el tema predilecto de los primitivos maestros de Alemania y de Flandes, que la representaron en multitud de trípticos. La del gran retablo que hoy existe en el museo de Dijon ofrece detalles de una sencillez encantadora; corresponde a fines del siglo XV y se atribuye a Melchior Brodlain.

Hállase también una bella composición sobre el mismo asunto al reverso del célebre retablo del *Cordero místico*, en la iglesia de San Bavon, de Gante, obra maestra de los hermanos Huberto y Juan Van Eyck (a quienes se atribuye la invención de la pintura al óleo), por los años de 1426, y cuyos restos unos han desaparecido bajo el hacha salvaje de los iconoclastas, otros consumidos por un incendio y otros andan dispersos, figurando algunos en el museo de Berlín.

Como dato curioso, añadiré que nuestro piadoso monarca Felipe II mandó a Miguel Coxia sacar una copia de dicho retablo, por la que pagó 4.000 ducados, cantidad muy superior a la que se había satisfecho por el original.

De Justo de Alemania hay un cuadro de la *Anunciación* en el museo del Louvre de París, donde también figura otro de la escuela flamenca, de autor desconocido, si bien por mucho tiempo se atribuyó a Lucas de Leyden.

Como obra maestra consideran muchos inteligentes, así por la forma como por el sentimiento, la *Anunciación* pintada por Esteban Lochner al exterior de su magnífico tríptico de la catedral de Colonia.

La que posee la Iglesia de la Magdalena, en Aix de Provenza, si no es, como muchos suponen, de Alberto Durero, merece contarse entre las mejores manifestaciones de la escuela flamenca, y tiene una verdadera riqueza de detalles alegóricos.

Los pintores italianos, más atentos a la grandiosidad de la composición que a la rigurosa verdad evangélica, colocaron en sus cuadros de la *Anunciación* figuras extrañas al asunto, que sólo permite las de la Virgen y el Ángel Gabriel.

Llenas están, bajo este punto de vista, de irregularidades y anacronismos, por más que deban admirarse como notables obras de arte, muchos cuadros de dicha escuela.

Andrés del Sarto tiene uno en la galería de Florencia, en el que agregó a las dos figuras citadas las de San Miguel Arcángel y San José.

Francia, pintor de verdadero talento, ostenta en el museo de Bolonia otro, en que ha incluido a San Jerónimo y San Juan Bautista.

Fra Bartolommeo tiene una *Anunciación* en el museo del Louvre, atestada de santos y santas, que constituyen una verdadera profanación de la estética religiosa.

No digamos nada de Pablo Veronés, que en su excelente lienzo, hoy formando parte de la colección que existe en la Academia de Bellas Artes de Venecia, coloca a la Virgen y al ángel delante de un soberbio alcázar, y del Albano, que traslada el lugar de la escena a uno de los frescos y verdes paisajes que él sabía pintar a maravilla.

Para no hacer interminable la lista de maestros de todas las escuelas que han pintado *Anunciaciones*, sólo citaré los nombres de Vasari, Luis y Annibal Caraccio, el Guido, Bon Boullongne, Carlos de la Fosse y Leseur, haciendo caso omiso de los pintores españoles, que nos son bien conocidos porque han derramado su inspiración, representando este grandioso misterio, en muchas de nuestras catedrales, iglesias y conventos.

Quiero solamente hacer una excepción en favor de mi pintor predilecto. Murillo ha hecho dos cuadros sobre este mismo asunto. Los dos son, como suyos, dos obras inmortales; pero el de menores dimensiones es el que ha adquirido más celebridad en el mundo de las artes. De esta joya pictórica nada puedo decir por mi cuenta; desdichadamente soy profano en esto, como en muchas otras cosas. Pero sí me permitiré, por vía de remate a este ya enojoso resumen, trasladar algunas frases del juicio crítico hecho de esta obra, no por un compatriota, que podría parecer apasionado, sino por un extranjero de indisputable autoridad. Mr. Viardot dice, entre otras cosas: «Jamás hubiera imaginado, a no verlo, que con los colores de una paleta se pudiese imitar hasta tal punto el brillo de un resplandor milagroso y hacer brotar del lienzo rayos de luz... Es el triunfo del colorista.»

Hablemos de otros cuadros.

El que ha exhibido a la indignación pública la calle de Monte León en los pasados días, es de los que no pueden describirse ni imaginarse siquiera.

Si los hechos que refiere la prensa son exactos; si, con efecto, la niña Consuelo ha sucumbido a los bárbaros tratamientos de dos seres iracundos; si esos seres están dotados de racionalidad, y si esos seres racionales son los padres de la pobre mártir, parece que habría derecho para increpar a la naturaleza que sabe producir tales monstruos.

No puedo, no quiero creerlo. No concibe mi razón esa especie de puja de crueldad entre el padre y la madre de una criatura de ocho años para llegar a un grado de ferocidad a que no alcanzan los tigres y las hienas.

Esperemos el fallo de la justicia.

Casi coincidiendo con el suceso de que acabo de hablar, ha ocurrido otro de índole parecida, aunque con circunstancias menos agravantes.

El maestro de escuela de un pueblo de la provincia de Salamanca quiso castigar a un niño, y le aplicó tan tremendo puntapié, que le dejó muerto en el acto. Así lo he leído en un periódico, sin más detalles. No se puede aventurar juicios sobre el hecho hasta que se vea completamente esclarecido; pero si ha pasado cual se refiere, merece el agresor un castigo severo que, en todo caso, no lo será tanto como el que inhumanamente impuso al desgraciado niño.

No son, por desgracia, raros los actos de crueldad y de barbarie cometidos en indefensas e inconscientes criaturas.

No hace muchas noches que una niña de seis a siete años se acercó a una pareja del cuerpo de vigilancia pidiendo se la llevase a la prevención; y preguntándole el motivo de tan extraña súplica, contestó que prefería pasar la noche en un encierro a volver a su casa. Estrechándola los agentes de la autoridad a que se explicase con entera franqueza, dijo que su madre la enviaba todos los días a mendigar por las calles, hasta recoger una cantidad de dinero fijada de antemano, y cuando regresaba sin el completo de la suma, la golpeaba sin conmiseración...

¡Es horrible considerar lo que debe pasar por la inteligencia, incompletamente desarrollada, de esas inocentes criaturas ante tan despiadados castigos, impuestos fríamente por aquellos a quienes deben el ser! ¡Es horrible que se les coloque en la implacable necesidad de mirar como verdugos a sus propios padres! Estos no se contentan con ser *parricidas materiales*, sino que obligan a sus desdichados hijos a cometer el *parricidio moral*, infundiéndoles la idea de que si desapareciesen sus inhumanos martirizadores, dejarían ellos de sufrir. Yo me pongo por un momento al nivel intelectual de la niña Consuelo, y siento que se me clava en el corazón, como un dardo de hielo, esta reflexión de instintivo naturalismo: «Cuando se mueran mis padres, empezaré yo a vivir...»

Hablemos de cuadros menos sombríos.

Después de tantas peripecias y aplazamientos, se verificó noches pasadas la presentación del tenor Tamagno ante el público de Madrid.

Este se había parapetado tras una muralla de nieve, y recibió al artista poco menos que como a enemigo.

El cantante, que se presentó en la liza desconcertado, pálido y tembloroso, comprendió que si no aceptaba la batalla tendría que retirarse humillado; y venciendo primero su propia desconfianza, se lanzó con brío al palenque y acabó venciendo las prevenciones del público, que le expidió la patente de tenor de *primissimo cartello*, rubricada por seis mil manos que le aplaudían con entusiasmo.

Se cantaba *Guillermo Tell*, que, como es una obra maestra, dicho se está que ha caído en desuso para un público educado, en gran parte, en una escuela musical cuya escala principia en *La Traviata* y concluye en *Tanhausser*.

Desde que el inolvidable Tamberlik nos hizo saborear con deleite las bellezas de la ópera de Rossini (la última en el orden cronológico, la primera en el orden jerárquico de sus inmortales producciones), no recuerdo que haya vuelto a cantarse en Madrid.

Seamos justos; no es culpa del público, que sabe apreciar lo bueno cuando se le ofrece. Es que los cantantes de hoy, las eminencias masculinas y femeninas del arte lírico, tienen un repertorio limitadísi-

mo; y por otra parte, se desdennan de estudiar obras pasadas ya de moda, como *Guillermo Tell*, que trae su fe de bautismo fechada el 3 de Agosto de 1829, en el teatro de la Grande Opera de París.

No asistí a aquel estreno (pueden ustedes creerme bajo mi palabra), pero tengo entendido que los cantantes que la desempeñaron no llegaban a la suela del zapato de los que hoy la cantan en Madrid..., en cuanto al valor pecuniario, por supuesto. El Tamagno de entonces, que era un tal Adolfo Nourrit, ganaba próximamente en una década lo que gana un primer tenor en una noche. Dabadie, que tuvo a su cargo la parte de Guillermo; Dupont, la del pescador; Mad. Dabadie, Mad. Damoreau y Mlle. Mori, que completaban el cuadro, se hubieran de buena gana cambiado, en cuanto a sus emolumentos, por cualquier mediano cantante de zarzuela de los teatros de Madrid.

Y sin embargo, aquellos desdichados tuvieron la osadía de cantar *Guillermo Tell* de una manera tan admirable como si cobrasen por la nómina del Señor Michelena.

No entiendo palotada de música; así es que hablo por boca, no de ganso precisamente, sino de un llamado Fetis, que parece entendía algo de estas cosas de ruido, y el cual, al salir del teatro después de la primera representación, se mostraba asombrado tanto de la partitura, conjunto maravilloso de todas las riquezas melódicas y armónicas del arte musical moderno, como de la ejecución que había alcanzado.

La inspiración de Rossini encontró en las múltiples peripecias del drama de Schiller (que sirvió de modelo al libreto de Bis y de Jouy), una serie de cuadros agrestes, guerreros, tiernos, apasionados, sombríos, espléndidos, dolorosos, patrióticos y triunfantes que forman el rico tejido de ese manto de gala que el arte lírico lucirá sobre sus hombros mientras exista el buen gusto y aun mucho después que sea música pasada la música del porvenir.

No sé si esto lo habrá dicho Fetis ó cualquier otro aficionado a ruidos, pero algo debe haber de cierto.

Tampoco sé si es verdad que ninguna obra ha alcanzado una reputación más universal y más merecida que *Guillermo Tell*; pero lo que sí me consta de una manera positiva es que ninguna ha sufrido tan vandálicas mutilaciones. Se ha llegado a suprimir, no como quiera, trozos y piezas de la primitiva partitura, sino un acto entero de los cuatro en que la dividió el autor. Pero, en cambio, ignoro si estas vergonzosas concesiones han sido hechas, como algunos creen, en aras de la frivolidad de cierta clase de público, a cuya categoría pudieran muy bien pertenecer (digo que no lo sé a ciencia cierta) los *dilettanti* que pagan un puñado de duros por oír en un concierto a la Patti.

Volviendo a Tamagno, y sin meterme a juzgarle con pretensiones de crítico, diré que ha satisfecho a la inmensa mayoría del público. Téngase en cuenta que el público del teatro Real pasa por ser uno de los más exigentes de Europa cuando se trata de la exhibición de artistas nuevos en aquel escenario.

No he asistido a la función extraordinaria dada en el mismo coliseo regio a beneficio del Círculo Artístico-Literario, de nueva creación.

Parece que el espectáculo del viernes ha sido variado y abundante, como las comidas de viernes en Cuaresma, pero también, como éstas, ligerito y de poca sustancia.

La sinfonía de *Guillermo Tell* (ostras de Ostende). Un acto de *Gioconda* (langosta a la mayonesa). Aria de bajo de *Don Carlos* (sardinas de Nantes). Poesía de Núñez de Arce, leída por Vico (miel sobre hojuelas).

Paseggiata, con piano (tortilla con espárragos). Poesía de Zorrilla (*fruta del cercado ajeno*, por lo dulce y sabrosa).

Poesía de Campoamor (lenguas de bacalao). Variaciones, por la Sra. Gárgano, con orquesta (ensalada de langostinos con huevos duros). Sainete *Las castañeras picadas* (*marrons glacés*). Baile *La tertulia* (*cornichons*, aceitunas, rábanos, caviar, anchoas, etc., etc.).

Precios de las localidades... (café sin azúcar, vinagre añejo, pimienta de Cayena).

Es de creer que el público habrá salido satisfecho, no sólo del número de los platos, sino también de su calidad y de la manera con que le han sido presentados.

Mas, por lo que toca a la hora de la salida, que se ha prolongado hasta la madrugada del sábado, no sería extraño que algunos espectadores se muestren algo más que satisfechos... hartos.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



El asunto gravísimo que ha embargado la atención de Europa, y aun del mundo entero en la pasada decena, ha sido el relativo á los desórdenes y violencias de los socialistas, que obedeciendo sin duda alguna á consigna de las sociedades internacionales de obreros, se han lanzado al campo para acreditar con atentados feroces su organización y su fuerza; peligro inmenso que amenaza en plazo más ó menos breve trastornar la sociedad moderna, envenenada por el espíritu revolucionario.

Nuestros lectores habrán seguido día por día el movimiento socialista de Bélgica, donde la algarada revolucionaria ha llegado á alarmar profundamente á todas las clases sociales, ocasionando pérdidas y daños gravísimos al comercio y á la industria en general. No cabrían aquí los numerosos telegramas que de Charleroi han publicado estos días los periódicos; pero como compendio de todos vamos á transcribir uno que tenemos á la vista, que da idea de la importancia y trascendencia de los desórdenes revolucionarios, dice así:

«Casas particulares, fábricas, tiendas y talleres han sido asaltados y saqueados. Más que afán de robo, había deseo de destrucción de parte de los revolucionarios.

«Los destrozos producidos se calculan en más de 50 millones de reales.

«Las tropas han estado haciendo fuego sobre los saqueadores; pero era imposible un ataque en regla; los amotinados se guarecían en las casas, y sólo han sido muertos cinco y heridos unas cuantas docenas de ellos.»

Otros telegramas añaden que los huelguistas van armados de grandes garrotes y de tremendas hachas; que por doquiera van arrojando petróleo; que el 27 sólo en las inmediaciones de Charleroi pasaban de cinco los palacios quemados y saqueados; y, por último, que los huelguistas forman verdaderos ejércitos faltos de disciplina, pero sobrados de valor.

¿No recuerdan estas noticias las descripciones que nos hace la historia de aquellos bárbaros del siglo V que asolaron y destruyeron el corrompido Imperio romano?

Lean ahora nuestros lectores, por vía de comentario á estas noticias, lo que dice un diario de Bruselas:

«El saqueo, el incendio, la guerra social turban en este momento la comarca de Charleroi! No estamos ya ante huelgas locales, descontentos particulares, trastornos aislados, sino enfrente de un ataque salvaje y general contra el capital, contra la propiedad, contra la sociedad misma.

«Esta situación impone al Gobierno apremiantes deberes. Toca á los buenos ciudadanos apoyarle y secundarle en el cumplimiento de su deber. Ante todo, debe restablecerse el orden material, y para lograrlo deben emplearse naturalmente los medios materiales.

«Más tarde habrá que buscar los remedios del orden moral que convienen á una sociedad tan enferma y tan turbada como la nuestra. Esperamos que los sucesos de que somos testigos, abrirán los ojos de muchos y se convencerán todos de que el verdadero progreso, aquel que se concilia con el orden y la paz social consisten, no en alejarse, sino en acercarse á Dios.»

Ojalá sea así, y no solamente en Bélgica, sino en las demás naciones envenenadas con la misma ponzoña, estos horribles sucesos contribuyan á abrir los ojos á muchos que voluntariamente los tienen cerrados á la verdad.

Dijimos antes, como cosa indudable, que el movimiento socialista que estamos presenciando obedece á una consigna de las sociedades internacionales de obreros; y en efecto, en Francia, en Italia y no digamos nada de Inglaterra que la inició, y aun en nuestra patria saltan chispazos que anuncian la solidaridad de estas falanges de la revolución cosmopolita.

¿Qué más? Hasta en los Estados-Unidos han estallado huelgas amenazadoras y han ocurrido desórdenes que muestran idéntico carácter que los de Inglaterra y Bélgica. Un telegrama de Nueva York fechado el 25 del mes pasado, decía lacónicamente: «Las huelgas aumentan en los Estados-Unidos, porque el movimiento socialista de Europa ha encontrado mucha resonancia en el proletario americano.»

Triste y doloroso es todo esto; pero hay algo más triste y doloroso aun, y es, que viéndose como se ven los frutos de la revolución moderna, aun siga cultivándose el árbol en todas las naciones y arro-

jando nuevas semillas á la tierra convenientemente removida para que prosperen.

¿Hasta cuándo seguiremos provocando la justa ira del Señor? ¿Ay del día en que suspenda el curso de sus misericordias!

El restablecimiento de la paz religiosa en Alemania sigue su curso difícil, aunque sin desviarse del camino de las esperanzas que abriga los católicos. El Rdo. Obispo de Fulda ha presentado una serie de enmiendas al proyecto del Gobierno, y en la sesión del 27 de Marzo de la Cámara senatorial, el príncipe de Schanaich Carolath pidió que la enmienda Kopp pasase á la comisión competente. Declaró que él y sus amigos, al presentar dicha proposición, no querían expresar su adhesión, ni aun condicional, á la mencionada enmienda, aunque están dispuestos á tener en cuenta los deseos de la Iglesia católica. «Queremos, dijo, la paz entre la Iglesia y el Estado; pero no estamos dispuestos á perder de vista los límites trazados por los intereses y la dignidad del Estado.»

Todos los individuos de la Cámara de los señores, incluso el príncipe de Bismarck, se declararon conformes con lo propuesto por el príncipe de Schanaich Carolath.

Este hecho parece demostrar que la ley va á modificarse en sentido favorable á la Iglesia, y que el Gobierno obra de acuerdo con el Obispo de Fulda, representante en la Cámara de los intereses católicos y de las aspiraciones de la Santa Sede.

Así lo da á entender *La Germania*, al referir como hecho altamente significativo que el ministro de Cultos Sr. Gossleu estuvo hablando largo rato antes de la sesión con el Sr. Obispo Dr. Kopp, y mucho de lo que se habló fué al oído. Después, y antes también de la sesión, saludó el príncipe de Bismarck al Obispo de Fulda, y sostuvo con él un breve interrogatorio.

Lo que no se comprende bien es esta lentitud en los procedimientos, este afán de dificultar la solución, lo que se cree obra del príncipe de Bismarck.

Por lo que hace al Emperador, su benevolencia hacia la Iglesia es cada día más manifiesta. Refieren los periódicos de Berlín, como un suceso que ha llamado allí la atención, que el Emperador la víspera de su cumpleaños asistió á una representación de cuadros vivos sacados de la vida de Santa Isabel, y dada por los miembros de la aristocracia católica de Berlín, en beneficio de la casa de las Hermanas de San Vicente de Paul.

Acompañaba al Emperador su hermana la gran duquesa viuda de Mecklenburgo.

Como otro síntoma de la disposición del Gobierno alemán respecto de la Iglesia, debemos consignar el dato que nos comunican los periódicos de Roma. Parece ser que el día del cumpleaños del Emperador, el encargado oficioso que tiene Alemania cerca de la Santa Sede, dió un gran banquete al que fueron invitados muchos Cardenales y Prelados de los más significados en la corte pontificia.

Quiera Dios que todos estos indicios de benevolencia se traduzcan pronto en hechos positivos, para que la Iglesia alemana recobre su libertad, y la Santa Sede goce de una nueva gloria en la serie de sus esclarecidos triunfos.

El Gobierno inglés está en el aire. La cuestión de Irlanda compromete gravemente á su jefe el señor Gladstone, á quien van abandonando todos los *leaders* del partido liberal, por no hacerse solidarios de su conducta en este asunto gravísimo. ¿Pero qué proyectos tiene el Sr. Gladstone en cartera para conjurar la tempestad irlandesa? Desde que subió al poder hace pocos meses, no ha hecho más que pedir aplazamientos; pero como la ansiedad de la opinión pública crece á proporción del tiempo que se toma el Gobierno por satisfacerla, Gladstone se ha visto obligado á señalar un plazo á su silencio, y en la sesión del 25 del pasado mes, el ministro del Interior, Sr. Harcourt, declaró á nombre del primer ministro, que está enfermo, que el día 8 de Abril el Gobierno expondrá sus proyectos sobre la cuestión de Irlanda.

Prepáranse, entretanto muchos *meetings* para protestar contra estos planes favorables á Irlanda; pero la situación no puede prolongarse mucho tiempo, pues al presente puede decirse que no hay régimen legal en Irlanda. No hay ni tribunales ni justicia; la de la Reina, al menos, no existe; la isla pertenece en toda la región católica á la *National league* y al sistema de sitiar á los propietarios en su propio domicilio (*boycottage*). «Semejante estado de cosas, dice un diario de Dublín, no puede prolongarse únicamente para dejar á M. Gladstone el tiempo de meditar el medio más seguro de guardar el poder. Los *tenants* y los *landlords* y más todavía los que no

son ni *tenants* ni *landlords*, sufren cruelmente con la prolongación de la crisis, y estos sufrimientos piden una solución inmediata.»

Lo probable es que los proyectos le cuesten la vida al Gobierno y se dará el caso, poco frecuente hasta ahora, de sucederse en un año tres Gobiernos en Inglaterra.

Esto prueba que todo en Europa pierde su estabilidad, porque el suelo sin duda está cada día más removido por los zapadores de la demagogia, que minan sin descanso las instituciones gubernamentales.

Los católicos suizos del Tessino acaban de obtener un triunfo señaladísimo. Por una mayoría de dos mil votos se ha desechado el antiguo régimen radical, opresor y perseguidor de la Iglesia.

Inútil es decir que los radicales derrotados apelaron hasta á la calumnia para presentar al Prelado Monseñor Lachat y varios sacerdotes de influencia, como hostiles á la ley que, por el contrario, estaba hecha de acuerdo con el eminente Arzobispo de Damieta.

A fuerza de intrigas, promesas, seducciones y violencias habían conseguido reunir más de 9.000 votos para la petición del *referendum*, y se vanagloriaban, gracias á esta cifra indicadora, de obtener el triunfo y destruir la obra de pacificación tan laboriosa y prudentemente dirigida por Monseñor Lachat, de acuerdo con el Gobierno católico del Tessino. Gracias á Dios, se engañaban por completo.

Los católicos del Tessino se han apiñado el domingo detrás de su Obispo, y votaron unidos por el mantenimiento de una ley que asegura las libertades esenciales de la Iglesia, en un país donde sufría desde hace tantos años intolerables trabas.

La victoria conseguida es un gran triunfo, porque á consecuencia de la manera en que la cuestión ha sido planteada, la lucha tenía una importancia que no se limitaba á las fronteras del Tessino. El golpe producirá sus efectos en Berna y otras partes.

Ojalá que lo produzca pronto.

La cuestión de Oriente vuelve á nublarse con síntomas de nueva tempestad.

El príncipe Alejandro de Bulgaria no quiere firmar la paz propuesta por Turquía, y de aquí una gran dificultad para resolver el conflicto de la reciente guerra, y para contener el espíritu belicoso de los griegos que está estallando. ¿Quién guarda las espaldas del príncipe Alejandro? Se dice que Inglaterra, y que por esto Rusia está decidida á destituirle, para colocar en su puesto otro príncipe afecto á la corte de San Petersburgo.

El hecho es que la madeja se enreda, y que según todas las probabilidades no será el príncipe búlgaro, aunque se llama Alejandro, el que corte con su espada este nudo gordiano de la cuestión de Oriente.

Corremos hoy este suelto afirmando, única afirmación segura, que vuelve á enredarse la madeja y que es muy posible que de nuevo retumbe en los Balcanes el cañoneo de la guerra de Oriente.

Lo que sea sonará.

En la célebre República del Ecuador, que honró con su gobierno y santificó con su martirio el inolvidable García Moreno, acaba de estallar, por fortuna sin éxito, una conspiración contra la vida del actual presidente. Los conjurados, gente mal avenida con el sosiego público, intentaron matar al presidente en la estación del ferrocarril de Yaguachi; pero gracias al oportuno aviso del superintendente de la línea, D. Gustavo Rodríguez, y á la oscuridad de la noche, el presidente pudo escapar del peligro, viéndose obligado á pasar á nado un río para refugiarse en *Los Celis*, y trasladarse luego al vapor *Quito*, de la línea fluvial. La refriega en la estación costó la vida al ayudante del presidente teniente coronel Jaramillo, y á uno de los conjurados.

La intentona se reprodujo en la capital, donde hubo también nueva colisión que costó la vida al coronel Guedes. Por fortuna los insurrectos fueron rechazados de la ciudad, cuyo vecindario permaneció tranquilo, condenando con toda su energía la perversión de tales alborotadores.

De los conjurados de Yaguachi se sabe que han tenido un término digno de sus hazañas; han ido á incorporarse á los malhechores que merodean por los bosques.

La conjuración, gracias á Dios, ha servido para realzar la gloria del ilustre presidente, que se complace en seguir las huellas de García Moreno. Este es su mayor elogio.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 30 de Marzo de 1886.

No puedo prescindir de la necesidad, aunque molesta, de desmentir algunas especies, contrarias á la dignidad del Pontificado y rectos fines de Su Santidad, que se han echado á volar por la prensa liberal de esta capital en la segunda decena del mes corriente, pues he visto con sentimiento que también varios periódicos de esa corte han extremado tanto su buena fe y condescendencia para con sus colegas romanos, que no han caído ni siquiera en la duda de que dichas especies pudieran ser «no muy fundadas.» Con motivo del cumpleaños del rey Humberto, que se ha celebrado el día 14, en muchas catedrales de Italia se cantó el *Te-Deum* de costumbre; pero la prensa adicta al Quirinal se empeñó en decir que esto verificábase por primera vez en las provincias de Venecia y de Lombardía, y como al acto asistieron los Prelados diocesanos, se pretendió que éstos habían recibido para ello autorización expresa del Pontífice, de donde se infería que las relaciones entre el Vaticano y el Quirinal ya eran menos tirantes que hasta aquí, anunciando unos que esto significaba muy próxima una avenencia y concordia entre la corte pontificia y la de Italia, y llegando otros hasta el extremo de decir que el Sr. Depretis, presidente del Consejo de ministros, había pactado una alianza con los clericales para batir en las futuras elecciones á los demócratas. Pues bien: en todo esto hay un error de concepto y otro de hecho, puesto que es falso no se acostumbrase en las mencionadas provincias cantar el *Te-Deum* en acción de gracias por la conservación de la salud del Rey el día de su cumpleaños, y la razón del hecho consiste en el concepto de *legítima* que comúnmente se atribuye á la dominación del Rey de Italia en las provincias de Venecia y de Lombardía, pues sabido es que ambas entraron á formar parte del llamado reino de Italia por virtud de tratados estipulados á consecuencia de las memorables batallas de Custoza y de Solferino: cae, por tanto, por su misma base la suposición de la mencionada autorización pontificia y, por consiguiente, no tiene fundamento lo que se ha pretendido inferir de ella respecto á concordias y alianzas entre el Vaticano y el Quirinal. Pueden inquirir los amigos de éste por si se ha cantado el *Te-Deum* en las ciudades pertenecientes á los antiguos Estados pontificios, y muy fácilmente habrán de convencerse que, en donde la soberanía de Casa-Saboya no es legítima, la autoridad eclesiástica sigue observando la misma conducta que se le trazó desde el primer día de la ocupación piemontesa. Pero todo esto lo saben muy bien los adictos al Gobierno, y sólo aparentan ignorarlo para crear atmósfera contraria al Papa, haciendo creer que ya desea transigir y entenderse con los que hasta ayer llamaba sus carceleros.

Con el mismo fin de hacer sospechosa la política de León XIII, á lo menos para los católicos cuya adhesión á la Santa Sede no sea muy firme, el *Popolo Romano*, diario oficioso y órgano del Ministerio de la Gobernación, al día después de recibida la noticia del elogio que el príncipe de Bismarck hizo del Soberano Pontífice en el último banquete diplomático, anunció que aquella noche misma iba á salir para Berlín un alto empleado de la corte pontificia encargado de dar las gracias, en nombre del Papa, al canciller alemán: se comprende lo intencionado del suelto, pues parecía que al Papa le halagaban extremadamente los elogios que se le hacían como á diplomático, mientras esto de la diplomacia no es para Él sino un medio muy secundario para dilatar el reino de Dios en la tierra, y sacar ventajas para los fieles encomendados á su paternal solicitud. Movido por estas causas, no ha dejado Su Santidad de felicitar al Emperador Guillermo en su reciente aniversario: al efecto ha consignado explícitamente en su telegrama los deseos y esperanzas que abriga de llegar pronto á la paz y concordia con Alemania. Dichosamente las negociaciones han entrado en buen camino, pues en el proyecto de ley eclesiástica, que ahora se está discutiendo en la Cámara de los Señores de Berlín, parece que van á introducirse modificaciones suficientes para hacer el proyecto aceptable á la Santa Sede; el Obispo de Fulda trabaja en ello, y parece que con buen éxito. Aquí se cree que el aplazamiento del Consistorio, anunciado ya tantas veces, obedezca al deseo que tiene el Papa de consagrar su alocución consistorial al anuncio oficial de la abolición de las leyes de Mayo; pero por de pronto nada se puede decir sobre el plazo que aún debemos esperar antes de alegrarnos con la realización de tan santos deseos. La agitación socialista, que tanto preocupa actualmen-

te la atención de los políticos europeos, debería aconsejar á Bismarck la conveniencia de no dilatar más la conclusión de la paz con la Iglesia, pues la Iglesia es quien facilita las armas mejores para combatir al socialismo, y éste ahora parece amenazar mucho á Alemania, puesto que alemanes son, según tengo noticias, los principales instigadores de los huelguistas de Bélgica. Afortunadamente hasta aquí en Roma no ha cundido el mal ejemplo de los obreros ingleses y belgas: hace cuatro ó cinco días se dijo que los obreros residentes en Roma iban á celebrar una reunión en la Piazza del Popolo, pero el alcalde con muy buen acuerdo prohibió el *meeting*, y prestó así un relevante servicio á su patria, pues cabalmente en estos instantes los ánimos de los obreros de aquí, particularmente albañiles, están muy excitados por las desgracias que suceden tan á menudo en la construcción de nuevas casas: muy probablemente eso depende de la clase de andamios que se acostumbra aquí, harto menos seguros que los que ponen los revocadores españoles. Recientemente hubimos de lamentar una catástrofe horrible *ai Prati di Castello*, en donde se desplomó un muro de nueva construcción, sepultando bajo los escombros á siete albañiles que estaban trabajando allí. Me dicen que el Ayuntamiento ha ordenado una oportuna inquisición para averiguar si alguien tiene culpa en lo ocurrido; es muy probable no salga tan inocente el arquitecto, pero no me atrevo á esperar se le imponga una pena capaz de aconsejar á él y á sus compañeros mayor prudencia, y sobre todo menor codicia de dinero. Con motivo de la última desgracia que acabo de citar, se ha recordado lo que hizo en su día y en caso análogo el Papa León XII: habiendo caído el *velario* que cubría el mausoleo de Augusto, hoy anfiteatro Correa, ocasionando la muerte á un individuo, dispuso el Papa que se hiciera oportuna inquisición sobre la causa del hecho, y habiendo resultado que tenía la culpa el arquitecto Valadier, de mucho renombre en Roma, se le impuso una conveniente pena, creo la del destierro; pero León XII conmutó la pena de Valadier imponiéndole una multa á favor de los cinco hijos que había dejado huérfanos el que fué víctima de la caída del *velario*. De esta manera quedaron bien armonizadas la justicia y la misericordia. ¡Ojalá supieran imitar tan buenos ejemplos los que hoy mandan en Roma!

J. M.

LOS GRABADOS

"MATER DOLOROSA."

Escultura del Sr. Querol (de fotografía).

El autor de esta imagen es un joven pensionado en la Academia Española de Bellas Artes de Roma. La obra se recomienda por la originalidad que demuestra, así en las líneas y contornos del rostro, como en el plegado de los paños, apartándose del amañamiento vulgar que ofrecen las imágenes de la misma advocación. Es también original la idea de sustituir las siete espadas tradicionales, que taladran el corazón de la Santísima Virgen, con la corona de espinas que ciñó las sienes del Divino Salvador, la cual aparece clavada en el pecho de la Madre Dolorosa.

El Sr. Querol muestra especial actitud para cultivar con gloria el arte cristiano. ¡Quiera Dios que aproveche sus dotes, y no se deje extraviar por el gusto realista de las escuelas modernas!

CABEZA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Según se representa en la famosa *Cena* de Leonardo de Vinci, en Milán.

Hermoso grabado de una de las obras más admirables de la pintura italiana y, según algunos críticos, de la primera del mundo. La famosísima *Cena* de Leonardo de Vinci se pintó en un muro de un refectorio de dominicos, y aunque la revolución italiana ha echado de allí á los frailes, todavía, como pintura mural permanece adherida á la pared del memorable convento de Santa María de las Gracias, en las afueras de Milán. Procura el artista que cada uno de los personajes que aparecen en la *Cena* tuviese, sin necesidad de los atributos materiales, la expresión de su propio carácter; que á todos se les conociese por su aspecto y por la expresión de los sentimientos que habían despertado en ellos las solemnes palabras del Salvador. Respecto de éste dice el Cardenal Federico Borromeo en el *Musaeum* impreso en 1625, alabando la cabeza representada en nuestro grabado: *Salvatoris os allum animi moerorem indicat, qui gravissima moderatione occultatus atque suppressus intelligitur.*

Leonardo de Vinci nació en 1452 y murió en 1519.

PORTADA DEL MONASTERIO DE RIPOLL

Cuya restauración ha emprendido el celoso y docto Prelado de Vich.

Los periódicos de Cataluña dan cuenta estos días de la función verificada el día 22 de Marzo último en Ripoll al inaugurarse solemnemente la restauración de la antiquísima basílica de Santa María.

El Obispo de Vich celebró la Misa, bendijo las obras, y después de una sentida plática dió la bendición pontificia. Luego fueron trasladados procesionalmente y con gran pompa, desde la iglesia de San Pedro á la de Santa María,

las urnas que contienen las cenizas de los condes de Wilfredo y Rodolfo.

A esta ceremonia asistieron muchas personas notables de Vich y Barcelona y comisionados de diferentes puntos de Cataluña.

El aspecto que presenta la nave y el ábside de la basílica derruidos y el grandioso claustro, produjeron impresión profunda, considerándose urgente la necesidad de restaurar aquella notable obra arquitectónica.

El Papa, en rescripto de 14 de Marzo, aplaude la proyectada restauración.

Por la tarde se celebró un gran banquete, al cual asistieron el Prelado de Vich y otras personas distinguidas, así como el célebre poeta catalán D. Jacinto Verdaguer y el Ayuntamiento de aquella localidad.

Las obras para cubrir la basílica y salvarla de las inclemencias del tiempo, comenzarán inmediatamente, habiéndose iniciado al efecto una suscripción por las juntas de Vich y de Barcelona, que ha sido acogida con verdadero entusiasmo.

El Monasterio de Santa María de Ripoll que va á restaurarse es uno de los monumentos artísticos é históricos de Cataluña que más aprecio pueden inspirar al arqueólogo y más veneración á la piedad española. Su origen es antiquísimo. Refieren sus Anales que Wilfredo *el Velloso*, luego que hubo arrojado á los moros de las ciudades de Ansona, Montserrat y parte del de Tarragona, quiso conmemorar tan gran suceso fundando en el valle de Ripoll un convento de monjas, lo cual acaeció por el año de 875. Este convento, trece años más tarde, pasó á ser de benedictinos bajo la advocación de Santa María. *Enneko III*, abad, no contento con la fábrica primitiva, empezó á construir un nuevo templo que consagró en el año de 935. Dos años más tarde lo mejoró el abad Widiselo y más tarde lo aumentó con un crucero el abad Oliva, que hizo la última consagración en 1032.

El monasterio de Ripoll creció en fama y privilegios, por lo cual su fábrica fué también mejorando hasta convertirse en magnífico museo de arquitectura cristiana.

Su archivo era de primer orden, y tanto éste como la fábrica fueron presa del vandalismo moderno.

Puede dar idea de la magnificencia del monasterio la portada de la iglesia que, admirablemente grabada, se representa en nuestro grabado. Compónela seis gruesas molduras ó arcos concéntricos semicirculares, que ostentan esculpidos varios hechos de la vida de San Pedro, alegorías de los meses del año y varias figuras simbólicas, con gran copia de grecas y follajes; formando el conjunto un monumento preciosísimo del arte romano bizantino en su primera época.

¡Quiera Dios que lleguen á verse coronados del mejor éxito los propósitos del Sr. Morgades y Gili, para que el monasterio de Ripoll renazca de sus ruinas y vuelva á ser una gloria del arte nacional y cristiano!

LA CRÍTICA

A dicho un gran escritor francés (tan grande como desconocido) que la crítica es la conciencia del arte.

De modo que cuando el arte no tiene conciencia la crítica no existe.

Esto parece un simple juego de palabras, y sin embargo, es una verdad evidente como la luz.

Muchos se figuran que la crítica es una jurisdicción, ó mejor dicho, un tribunal supremo que da fallos de gloria ó de olvido, los cuales deben ser acatados humildemente por los artistas.

Semejante concepto de la crítica es absurdo. Nadie tiene jurisdicción sobre el arte, ni aun la opinión pública con ser ella la que distribuye patentes de celebridad á quien le place... ó á quien la complace.

Las obras artísticas son bellas por sí, y por sí mismas llegan á imponerse á las generaciones, saltando por cima de los juicios equivocados y de los pasajeros caprichos de una multitud ignorante.

La crítica es el arte reconociéndose á sí mismo, gozando en su propia belleza, examinando el camino que ha tenido que recorrer para llegar al punto en que se encuentra, deleitándose en sus felices hallazgos, admirando la corrección de sus proporciones, penetrando en la esencia de su obra y doliéndose de que la forma no haya correspondido al pensamiento ó de que el pensamiento sea indigno de la forma.

La crítica es la conciencia que se regocija ó la conciencia que remuerde.

El verdadero y único juez es la posteridad subyugada por la obra de arte ó encargada de condenarla á perpetuo olvido.

Pero hay épocas en que el arte, como los criminales empedernidos, no tiene pudor, ni fe, ni dignidad, ni respeto, ni ideal, limitándose á considerar la naturaleza y el hombre como materia explotable ó objetos de pura diversión.

Entonces el arte ha perdido su conciencia; no hay para él ni regocijos íntimos que le recompensen, ni remordimientos que le acusen... No hay crítica, y lo que lleva este nombre se reduce á un chisporroteo baladí de alabanzas sin admiración ó de censuras sin indignación; y sin admiración ni indignación el arte y la crítica son dos palabras vacías de sentido

Admiración é indignación: he aquí las manifestaciones más elocuentes de la verdadera crítica.

Cuando una obra de arte ha logrado reflejar los inefables resplandores de lo ideal, que en último caso no son sino la luz con que el bien y la verdad se descubren al genio del artista, la crítica entona un himno de admiración razonando y discerniendo, es decir, descorriendo el velo que oculta á los ojos de la ignorancia las singulares bellezas de aquella obra.

La admiración no es el asombro, ni el grito inconsciente que lanza un sér inferior ante la superioridad de otro sér; la admiración es el sentimiento y la inteligencia de la obra participados por una persona distinta de la que la ejecutó. Para admirar es preciso comprender, y para comprender íntimamente una obra de arte es preciso elevarse á la altura del artista en el momento excepcional y sublime en que la concibió. Por eso la crítica merece realmente ser llamada la conciencia del arte, porque así como la conciencia es el alma del hombre que se habla á sí misma el lenguaje de la justicia, la crítica es el arte que se habla á sí mismo el lenguaje de la razón.

La crítica que no admira no es crítica porque no comprende lo que ve; y el asombro que no razona no es crítica tampoco porque ignora el fundamento del asombro.

La crítica moderna suele en ocasiones lanzar gritos desatinados de asombro, como la muchedumbre que asiste á una corrida de toros se enloquece de entusiasmo cuando ve á un matador arrojarle en corto y por derecho sobre la cabeza de la res para darle una estocada, pero sin detenerse á examinar si el estoque está en su sitio, y si las condiciones de la fiera reclamaban ó no el arrojo, quizás estúpido, del matador.

Al asombrarse de ese modo, la crítica se pone al nivel del grosero vulgo que no discierne, ni analiza, ni percibe el delicadísimo aroma de la belleza, á no ser que se le dan entre el ropaje ancho y aparatoso de los grandes efectos teatrales.

Eso no es crítica. Cuanto más será el eco de la gritería pública resonando en forma de artículo literario.

Al vulgo y á la crítica que se asombran, pero que no se admiran, se los sorprende y engaña con mucha facilidad. Basta con hacer que los personajes del cuadro, de la escultura, del drama ó de la novela, piensen en el espectador, en vez de pensar en sí mismos y para sí mismos. Que sus gestos, sus posturas ó su lenguaje se dirijan *siempre* á impresionar vivamente al espectador, no á desarrollar con la natural sencillez de la verdad una idea, un carácter, una pasión, un acto humano que espontáneamente eleve el alma á las regiones de lo bello.

¿Hay nada que halague más al ignorante que contemplar un cuadro en que las figuras le están mirando á él constantemente? ¿Hay nada que entusiasme tanto á la galería de un teatro como oír á todos los personajes por igual aquellos conceptos, aquellos arranques ó aquellas bravatas que llevan obligado el aplauso desde tiempo inmemorial, porque parece que se dirigen exclusivamente á la galería?

Los efectos que se buscan, los efectos *ad hoc* son fáciles, y con ellos se sorprende y engaña á todos, menos á la verdadera crítica. Los efectos que surgen naturalmente de la obra de arte, esos son difíciles, y esos son los que la crítica verdadera admira y la posteridad sanciona.

El complemento de la admiración es la indignación, sin la cual la crítica sería una conciencia absurda ó empedernida, es decir, una conciencia sin remordimientos.

El arte, que no puede divorciarse de lo verdadero y de lo bueno, porque este divorcio equivaldría á la rebelión de Satanás, debe sentir la pena debida á sus profanaciones siempre que quebranta la ley del orden, que es la ley de su naturaleza. Esta pena es la indignación de la crítica. Una belleza incompleta ó desquiciada por la perversidad del objeto en que se funda ó por la mentira que se trata de embellecer no produce admiración, por maravilloso que sean los medios artísticos que el genio ha empleado para realizarla; produce y debe producir indignación en la crítica; tanta mayor indignación cuanto mayores hayan sido los tesoros de arte ó los esfuerzos de talento que se adviertan en la obra.

Dante, Calderón ó Murillo agotando su genio en embellecer infamias, ó en cantar mentiras y vilezas no merecerían la inmortalidad, sino para que la crítica y el género humano *estuvieran eternamente* maldiciendo su memoria.

Puede decirse que no es otra la inmortalidad que ha alcanzado Voltaire, y no era un genio, aunque era ingenio portentoso.

Por donde más se nota hoy que la crítica no exis-

te es precisamente por la falta de indignación. Ya he dicho que tampoco admira, pero se asombra, lo cual parece una admiración falsificada. Lo que no hace jamás es indignarse.

¿Ni cómo se ha de indignar si eso que le produce asombro es lo que indignaría á la verdadera crítica, si existiese?

Lo deforme, lo brutal, lo bajo, lo irreverente y lo inmundo han invadido los puros y honrados dominios del arte. Se corrompe y se blasfema en prosa y verso, en cuadro y en estatua, en escena y en novela. Píntase á la humanidad en forma de bestia, suprimiendo su parte de ángel; despójase á la justicia y á la virtud de su corona, para ceñir con ella las sienes del crimen ó del vicio: conviértense en problemas pavorosos é insolubles, en conflictos desesperantes hasta las cosas más sencillamente resueltas por el derecho natural: se pone á la ley en caricatura, á la piedad en la picota, al honor en berlina, á la razón en ridículo, y á la osada ineptitud y al imbécil descreimiento en el pináculo, y la crítica no se indigna... al contrario, se asombra y aplaude.

¿Pero cómo se ha de indignar si esa crítica no tiene amor? ¿Y cómo ha de amar, si esa crítica no tiene ideal?

Hay todavía en España, gracias á Dios, artistas que dejarán buena memoria de nuestro tiempo á los futuros: pintores, escultores, médicos y poetas dan frecuentes muestras de su mérito, y algunos hay que nos envidia Europa. Pero es preciso reconocer que aun en nuestro país, menos degradado que Francia é Italia y más fecundo en obras artísticas y literarias que Inglaterra y Alemania, falta al mundo del arte un ideal común, la unidad de una fe y hasta la unanimidad del lenguaje. Reflejo de la anarquía moral é intelectual de nuestra época, el arte no adora al mismo Dios, no canta las mismas verdades, no siente las mismas aspiraciones, no entiende siquiera á la humanidad del mismo modo, del único modo con que debe ser entendida: como una gran pecadora que recorre el camino del dolor para llegar á las luminosas mansiones de la perpetua alegría.

De aquí que habiendo individuos que rinden homenaje á la verdadera idea del arte, no hay, sin embargo, atmósfera artística que todos respiren por igual, principios en que todos convengan, puerto al cual todos deseen arribar. En suma, hay algunos artistas con amor y con ideal; pero el arte no tiene ni ideal ni amor.

Y si el arte no los tiene, ¿cómo ha de tenerlos la crítica? Y una crítica que no sabe lo que quiere, ni adónde va, ¿puede admirarse ante la obra del verdadero artista, ni indignarse contra la profanación de la belleza?

He aquí la razón de que lo que hoy se llama malditamente crítica no sea más que *une causerie* de periodista, una gacetilla zumbona ó un ditirrambo extravagante y ridículo que parece eco de los aplausos estrepitosos de una *claque* reglamentada como una compañía de bomberos.

Voces honradas se levantan de vez en cuando en pro de la verdad y la belleza ultrajadas por ingenios viles que exprimen todo su jugo para adular las pasiones innobles de un público canalla. Pero esas voces quedan ahogadas por la tumultuosa garrulería de cien periódicos que se hacen cómplices de la soez muchedumbre y corren su agua, porque de ella viven y beben también, cómo el artista degradado.

No se pregunte por qué lo que ofende al pudor, lo que hiere la fe religiosa, lo que escarnece la justicia, el honor y la dignidad del sér humano alcanzan éxito ruidoso y popular en todas las esferas del arte. Porque no hay crítica que azote sin piedad á esos infames mercaderes del templo, y después de azotarlos descuartice sus obras y enseñe á los ojos de todo el mundo la podredumbre que contienen.

Porque no hay indignación en el sentimiento público, y se perdona cualquier ignominia con tal que produzca algún cosquilleo agradable en el sistema nervioso.

Porque careciendo de amor y de ideal, el público y la crítica menuda, su cómplice, huyen de todo lo que puede elevar el alma y van tras de todo lo que puede halagar los sentidos.

Porque espanta lo verdadero, como espanta el fiscal al delincuente, y gusta lo falso, como á los salvajes del Nuevo Mundo las cuentas de cristal y las baratijas de nuestros buhoneros.

En lo trágico se quiere un terror que asombre, pero que no aterre; en lo patético se quiere un llanto que moje un poco los párpados, pero que no brote del corazón; en lo heroico se quiere que la lengua lo haga todo, fanfarroneando á cada palabra, pero sin que lleguen las cosas á mayores..., hasta en lo cómico se exige principalmente la sorpresa de la situación ó del chiste, no el estudio profundo del

carácter, que es en lo que consiste el cómico verdadero de la humanidad.

El similar, el similiábano, el similibrillante que cuestan poco y aparentan mucho: eso pide la sociedad presente; eso le da el arte en general y eso encierra la crítica de callejuela.

Arte sin conciencia, y crítica sin discernimiento, no son ni arte ni crítica. ¿Qué tesoros de ingenio no desperdicia la actual generación por haber perdido el arte y la crítica las condiciones fundamentales de su existencia!

VALENTÍN GÓMEZ.

LAS PALMAS

De las jirafas
El gentil cuello
Copia ese tallo.
Que te une al suelo:
Mas tu penacho.
Que es más esbelto
De ledas brisas
Al soplo ledo
Se columpia en la bóveda inmensa
del firmamento.
(Canto de Abderrahmán á la
palmera, imitación del arábigo).



Las palmas caracterizan á los países intertropicales, despertando en nuestra imaginación el recuerdo de un cielo despejado, transparente y de límpido azul; de un sol esplendoroso, y de una vegetación exuberante y magnífica, rica en colores y en aromas. La palma está íntimamente unida á todos los recuerdos del Oriente: su tallo, elevado y esbelto, que termina un penacho de hojas flexibles y elegantes, es una bella columna corintia que sostiene las bóvedas del firmamento. ¿Quién no conoce las palmeras, cuya hermosura y gentileza es proverbial!

He aquí algunos datos curiosos respecto á las palmeras ó palmas.

Las palmas forman una familia de las más importantes de la clase de las monoperigineas de Jusieu; su tallo es sencillo, tan grueso en la base como en el vértice; á veces se eleva á 60 pies, terminando con un haz de hojas dispuestas en forma de abanico; las flores en racimos tienen, los machos seis estambres, y las hembras tres pistilos, reunidos en uno solo alguna vez; el fruto, de enorme volumen en algunas especies, es generalmente una drupa fibrosa ó carnosa.

Las aplicaciones de las palmas son variadísimas: no parece sino que la naturaleza, no contenta con hacer de la palmera la reina de los árboles por su graciosa y esbelta hermosura, la ha hecho también la reina de los vegetales por los utilísimos servicios que presta al hombre. Si suponemos por un momento que desaparecieran todos los productos de la tierra, sólo las palmeras bastarían para satisfacer las necesidades del hombre.

¿Necesita alimentarse para conservar su vida? Pues la palmera le da harina (*sagus farinifera*) para hacer pan con su médula feculenta, vino (la mayor parte de las especies) con su sabia fermentada; en Egipto se hace vinagre con los dátiles fermentados; aceite que se extrae de los frutos de la palmera oleosa (*clais guineensis*), triturándolos imperfectamente, y tratándolos después con el agua hirviendo y la presión; se exporta de Dahomay, cuyo comercio produce millones: en el Brasil hay la bacoba de aceite; la palmera produce manteca superior á la de vacas, con la que los árabes aderezan el arroz; azúcar (*arenga sachari*) en las Molucas y Filipinas; sal de la areca Madagascariensis que se extrae de sus cenizas. Regalan nuestro paladar los dátiles, principal alimento de los árabes y negros del Biledalgerid y otros países; prensados forman una pasta sólida ó pastel, llamado *Adjone*, que se vende en los mercados de Oriente, y constituye el sustento de las clases pobres: diluida en agua es muy refrescante. Los árabes hacen con los dátiles una pulpa que les alimenta en sus largos viajes, y los huesos sirven de pasto á los camellos. Los cocos tienen una leche agradable y una almendra exquisita; por último, las yemas terminales de las palmas son de un sabor delicadísimo.

De las hojas de la palmera, convenientemente preparadas, se hacen en la India, en América y otros países telas con que el hombre cubre su desnudez, sombreros que le preserven de los rayos del sol, esteras para las habitaciones, amacas, cestos, papel, etc.

Para cazar y pescar dan las palmas cuerdas y redes, cañas y cerbatanas, flechas y lanzas con las puntas aguzadas y endurecidas al fuego.

De los troncos de las palmeras se hacen canoas para surcar las aguas, dando además los palos velas y remos. De ellos, perforados, se hacen canales para conducir las aguas y regar los campos; con



CABEZA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.
Según se representa en la famosa *Cena* de Leonardo de Vinci, en Milán.



PORTADA DEL MONASTERIO DE RIPOLL,
Cuya restauración ha emprendido el celoso y docto Prelado de Vich.

ellos se construyen las casas; cortados á lo largo sirven de tablas, que el sol seca, y se hacen planas obligándolas cuando están verdes por medio de la presión; las vigas son troncos, y las tejas hojas de palmera en muchos países.

Con los tallos de ciertas especies de palmas se fabrican flautas y tamtamps ó tambores. Los chinos hacen tinta del carbón de los huesos de dátiles; y en la América meridional se fabrican bujías de cera de palma, que es tan buena como la de las abejas, y se extrae del ceróxilo audícola, cuyo tallo está cubierto de ella y la produce en abundancia.

Todo, pues, lo compila y reúne la familia de las palmas; alimentos, vestidos, casas, utensilios, arreos de caza y pesca, armas, barcos, etc.

Nada más bello y poético en los países intertropicales que un bosque de palmeras, cuyas cañas, agitadas por el viento, parece que se lamentan y gimen al doblarse, y producen ayes prolongados, y si á esto se une los susurros, ruidos y sollozos de otros mil follajes, los bramidos de la mar agitada y el estrépito de olas gigantes que se deshacen en la playa en bullidora espuma, forman una orquesta inmensa, cuyos sonidos se elevan hasta el cielo, y parecen llevar en su seno el acento infinito de todas las alegrías y de todas las penas del mundo.

En la simbología ó lenguaje simbólico tiene muchos significados la palma: el año, la justicia, el sol, la igualdad, la victoria, la inmortalidad, la virginidad, etc.

Significa el año por tres razones: 1.ª, porque entre todos los árboles, ella sola produce una yema y una rama al mes, de suerte que al fin del año tiene doce ramas; 2.ª, por las 365 utilidades que presta al hombre, según los babilonios y refiere Plutarco; 3.ª, por las cuatro maderas que tiene, que simbolizan las cuatro estaciones.

Igualdad: la significa porque el premio de todos los vencedores debe de ser igual, ó porque sus hojas son muy iguales.

Justicia: porque la madera es incorruptible como debe ser el juez, y la hoja permanente, significando la inmutabilidad de la justicia. En los Psalmos se dice que el justo debe ser como la palmera, que no tiene desperdicio.

El sol: porque las hojas salen en forma de rayos.

La victoria: en las monedas, medallas, pinturas y estatuas significa la palma la victoria; porque no cede ni se doblega su madera por mucho peso que se la ponga; de la misma manera el ánimo no debe ceder al peso de las contrariedades ni de los obstáculos.

La inmortalidad: porque siempre está verde, y sus hojas son permanentes.

Muchas deidades paganas tienen palma en las monedas y monumentos antiguos: Júpiter, Juno, Cupido, Venus, Hércules, Marte, Mercurio, la Paz, Alegría, Piedad, Fortuna, Igualdad, Roma, Salud y Victoria; pero principalmente á esta última, que se la representaba con una palma en la mano izquierda y una corona en la derecha.

A las musas se las representó primero coronadas de palmas. En los juegos olímpicos se entregaba al vencedor una palma; de donde viene la frase llevarse la palma; es decir, sobresalir entre todos.

A Julio Cesar le adularon los de Tralles con el nacimiento de una palma que había crecido dentro de su templo de la Victoria, después de colocada la estatua de este insigne capitán.

Los judíos usaban las palmas en sus fiestas, en sus ornamentos y en todas las esculturas del templo. Parece que este árbol fué el símbolo de la Judea, porque en las monedas de Vespasiano y de Tito se ve una palmera, bajo la cual está sentada una mujer desordenada y llorosa, con estas dos palabras por leyenda: Jud. cap. «Judea cautiva» ó «conquista de Judea».

David dice del justo: «Florecerá como la palmera» (Psalm. 91-13). Las más hermosas y mejores palmeras de Judea se hallaban en los alrededores de Jericó y de Eugaddi; así en la Santa Escritura se llama á Jericó la ciudad de las Palmas *civitas Palmarum* (II Paralip. 28-15). Job dice: «Yo multiplicaré mis días, como la palmera multiplica sus brotes.» (Job 29-18). El *Eclesiástico* representa á los sacerdotes, hijos de Aarón, al rededor del Sumo Sacerdote Ocas como las ramas de la palmera que salen de un solo tronco. (Ecl. 50-14). «La Esposa de los Canticos es comparada á una palmera por su esbeltez.» (Cant. 7-7). La Profetisa Débora juzgaba al pueblo sentada bajo una palma, que llevaba su nombre, entre Rama y Bethel en el monte Ephraim. Desde ella predijo á Baruc la derrota de Sisara y su ejército, que la inspiró su notable cántico. (Lib. de los Jueces, c. IV, v. 5.)

En los triunfos romanos, entrada pomposa y solemne en la ciudad, que se concedía á los generales victoriosos, llevaban una palma en la mano, y

los caballos iban con la cabeza adornada con palmas. Cuando un conquistador hacía su entrada en una ciudad, llevaban palmas delante de él.

La Iglesia nuestra Madre, bendice el Domingo de Ramos las palmas y olivos en conmemoración de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalén ocho días antes de su muerte: *acceperunt ramos palmarum et processerunt obviam ei.* (Joan., 12-13.)

En el Apocalipsis, se representa á los mártires que han triunfado vestidos de blancas túnicas y con palmas en la mano.

La palma también es emblema de la Santísima Virgen como Reina de los mártires. *Quasi palma exaltata sunt in Cades.* (Eccl., 24-18.) (Paul Sauce-ri, *Figures bibliques de Marie.*)

El Korán se ocupa de la palmera comparando al hombre recto y justo con ella; afirma que Alá, en sus inescrutables designios, crió y cuidará eternamente la palmera para el bienestar de los descendientes de Ismael.

Es costumbre entre nosotros, que las que mueren solteras lleven sobre el féretro un ramo de palma, como emblema de la virginidad.

Cuando los pueblos del Biledalgerid se hacen la guerra, van á destruir todas las palmas machos de sus enemigos, para reducirlos por hambre.

En todos los tiempos y países, los poetas han cantado las palmas, poniéndolas por términos de comparación, como en estos versos de un novelista contemporáneo:

¿Quién no codicia besar tu huella?
¿Quién en tus ojos no deja el alma?
Si eres hermosa como una estrella,
Si eres esbelta como una palma.

Virgilio, en sus preceptos para la multiplicación de las abejas (*Georg.* IV. v. 18 al 20), dice:

Que estén cerca de las fuentes y estanques cubiertos de verde ova, de arroyos que se deslizen entre la fresca hierba;

Que la palmera cubra su entrada;
Y el gran acebuche las dé sombra.

Otros poetas la dedican especialmente sus composiciones, como el canto de Abderrahmán á la palmera, que está lleno de pensamientos tiernos y bellísimas comparaciones, como las siguientes:

Regia palmera
que en el desierto,
como yo miras
la patria lejos,
por esa patria
juntos lloremos
mientras de Algarbe
los mansos vientos
brindarán á tus bellas hermanas
amantes besos.

Dorada espiga
fué mi contento,
que desgranaron
de furor ciegos
los huracanes
de los desiertos;
y entre sollozos,
y entre lamentos
al torrente y las altas palmeras
conté mi duelo.

Pero el torrente
sordo á mis ruegos,
siguió su curso,
siguió corriendo;
y las palmeras
de mis acentos
no conservaron
siquiera un eco;
que en el mundo las penas extrañas
se olvidan presto.

Se llaman palmeros á los peregrinos de la Tierra Santa, porque traían palmas en señal de haber estado en aquel país.

La palabra foinis en griego significa palmera y fénix, por la semejanza de vida entre ave y árbol, por el color rojo del dátil comparado con el del fabuloso fénix, y porque dió su nombre á Fenicia, país clásico de las palmeras, situado en el Asia, entre el Líbano y el Mediterráneo, muy célebre en la antigüedad.

Los árabes llaman Chedar ó Genzar á las palmeras, porque semejan al hombre teniendo como cabeza.

La palabra palma trae su origen por su semejanza á la palma de la mano.

El fruto de la palmera datilífera se llama tinomer en hebreo, rutebe en árabe, dactilus en latín y dátil en español, por la remota semejanza de este fruto con el dedo.

En fin, llevan el nombre de las Palmas: una isla

en la costa N. de Guinea; un río en el Zanguevar, que desagua en el Océano Índico; un cabo de la Guinea superior, góito al SO. de Cerdeña; la capital de la Gran Canaria y Palma de Mallorca.

TEODORO PEÑA FERNÁNDEZ.

EL CRUCIFIJO

(Traducción libre de Lamartine.)

Madero, recogido de su doliente boca
Con su postrer suspiro y su postrer adiós,
Símbolo sacrosanto — mi corazón te invoca —
Imágen de mi Dios.

¡Cuántas calladas lágrimas, sinceras y sentidas,
Desde aquel mismo instante cayeron sobre ti,
Cuando de aquellas manos, por siempre bendecidas,
Con fe te recibí!

Rezaba el sacerdote: las inflamadas teas
Lanzaban sobre el lecho su incierto resplandor,
Y de su cuerpo yerto las sombras gigantes
Colmaban mi terror.

La luz de la esperanza no abandonó su frente;
Sus rasgos conservaban intacta su beldad
Donde marcó la muerte con sello sorprendente
Su horrible majestad.

El viento acariciando, tendido su cabello
Su rostro me ocultaba, cual flor entre la miés,
Ó como — anocheciendo — al mausoleo bello
La sombra del ciprés.

El uno de sus brazos en languidez caía,
Y el otro sobre el pecho guardaba con fervor
Clavando sobre ella una mirada fría
La Cruz del Salvador.

En sus abiertos labios aun palpitaba el beso
Que, dedicado á Cristo, espiró sin nacer,
Pintando en sus facciones el divino embeleso
Del interior placer...

Y yo, de pie, sumido en un terror secreto
Jamás hacia sus restos me quise aproximar,
Y era que no quería con sin igual respeto
Á aquel cuerpo tocar.

Callaba: el sacerdote vió mi desconfianza,
Tomó la Cruz divina y dijo luego así:
— Ella ha de ser tu anhelo, tu dicha y tu esperanza,
¡Guárdala para ti!

Conmigo has de estar siempre: el sauce que he plantado
Sobre la tumba suya, diez veces brotar vi
Y nunca ni por nada — mi fúnebre legado —
Me separó de ti.

Al corazón unido, donde todo perece,
Tú diste paz al alma y alivio á mi pesar,
Y, mientras, tu madero tal vez se reblandece
Con mi eterno llorar.

¡Confidente postrero de un alma redimida;
Dime, pues te lo ruego con ciego frenesí,
Lo que ella te decía cuando su voz querida
Llegaba solo á ti!

En esa incierta hora en que el alma se esconde
Tras el tupido velo del último sufrir,
Cuando el *adivís* se pierde sin que se sepa en dónde
Ha de repercutir;

Entonces, que suspensa entre el sér y la muerte,
Cual fruto de la rama próxima ya á caer,
Tiembla el alma del triste, ignorando la suerte
Que le habrá de caber;

Cuando dan fin unidas la vida y la agonía;
Cuando sólo se escuchan suspiros y gemir;
Cuando son los sollozos la fúnebre armonía
Que acompaña al morir;

Para aliviar la pena de aquel momento horrible;
Para elevar, entonces, sus ojos hasta Dios,
Responde, ¿qué dijiste cuando su alma sensible
Marchó del cielo en pos?

Tú supiste morir: tu llanto triste,
Tus lágrimas ardientes bañaban sin cesar
Las olivas benditas cuyo bosque escogiste
Para poder llorar.

En el solemne instante cuyo recuerdo aterra
Viste á tu Santa Madre sumida en la aflicción,
Y tú también dejaste amigos en la tierra
Y el cuerpo al panteón.

En nombre de esa muerte, te pido con el alma
Que mi postrer aliento lo vierta sobre ti,
Y que al sonar la hora que anhelo ya sin calma
Sepa morir así.

Besaré el mismo sitio do su boca espirante
Exhaló, temblorosa, irrevocable adiós
Y su espíritu noble guiará mi alma errante
Al seno de mi Dios.

¡Ay! ¡ojalá que pueda junto al mortuario lecho
Á alguno que me quiera, entre mi llanto, ver
Y así tu santa herencia sobre mi exhausto pecho
La pueda recoger.

Sostén después, solícito, sus pasos postrimeros,
Y, gaje consagrado de esperanza y amor,
A los que queden pase después de los primeros
Tu imagen de dolor;

Hasta que llegue el día, que brote de la sombra
La voz que llame á todos, curando todo mal,
Y así despierten cuantos hoy duermen á la sombra
De la Cruz eternal.

FÉLIX DE LLANOS.

Madrid 1886.

LA IGLESIA Y LA CIVILIZACIÓN

(Continuación.)



EL pie de la cruz donde pende su divino Maestro, con los brazos abiertos como para estrechar á la humanidad, parte los sacerdotes de la nueva Iglesia para llevar la buena nueva, la palabra de vida á todas las naciones. ¿Quiénes son esos hombres, con qué recursos cuentan para llevar á término su difícil misión? ¿Cuál es el estado de la sociedad á la muerte del Salvador del mundo? Son los primeros doce hombres rudos, sin instrucción, que al oír las sublimes enseñanzas de Jesús han despertado del sueño de muerte en que yacían, abandonándolo todo por seguirle; como discípulos suyos le han acompañado á su paso por la tierra, recogiendo su doctrina y presenciando los milagros con que se confirma; carecen del prestigio que da la ciencia y del poder que da el oro; pero es tanta su fe y tan intensa su caridad, que no vacilan, y empiezan su misión.

La sociedad yacía en las sombras de la muerte; el águila romana, extendiendo su rápido vuelo por toda la superficie del globo conocido, había sujetado á su pesado yugo á la Hesperia, Galia, Palestina, Grecia, la Sarmacia, casi todos los pueblos de Europa. Al ver el estado de la señora del mundo, puede formarse idea del de la sociedad que obedecía sus leyes.

Reinaba en Roma á la muerte de Jesús la disolución en las costumbres; el escepticismo en religión; el despotismo en el trono y en la familia; con las primeras ideas habían bebido los gentiles el politeísmo; su filosofía era la materialista de la escuela de Jonia, representada en Roma por el sistema de los estoicos y epicúreos; sus principios eran la fatalidad y el sensualismo sintetizados en el aforismo de Epicuro: *Edamus et vivamus, cras enim moriemur*; consultad á los escritores contemporáneos; leed en Tácito la biografía de una sola familia que dió muchos emperadores al trono: *La Julia*, y veréis una amalgama repugnante de crímenes y sangre que destila ciego por todos sus poros. Un druso es envenenado por Seyano; otro recibe la orden de quitarse la vida, y un tercero muere en el destierro; son inmolados Agripa Póstumo, al comenzar el reinado de Tiberio; Tiberio el joven al empezar el de Calígula, y Británico al inaugurarse el de Nerón. Gneo Domicio, padre de este último emperador, se divierte en lanzar su carro contra un niño, en matar un esclavo que no bebía bastante; Julia, madre, es desterrada por su padre como disoluta, y luego condenada á muerte por su esposo Tiberio; Julia, hija, convencida de adulterio, muere en una isla; Julia Calpurnia es condenada por incestuosa; Calígula deshonra á sus hermanas y una de ellas es elevada á diosa, siendo condenados sus amantes en nombre de la moralidad. Augusto contrae matrimonio con Libia, que estaba en cinta de otro; él mismo arrebató á Lolía Paulina á su marido, por la fama de belleza que había gozado su abuela; á los pocos días la despidió prohibiéndole unirse á otro, hasta que al fin la condena á muerte. Claudio tuvo cinco mujeres, entre ellas Mesalina y Agripina, cuyos nombres, aun en el día sirven para expresar hasta dónde puede llegar la degradación en la mujer.

En el palacio de los Julios podía verse la cripta donde fué asesinado Cayo y el encierro donde se dejó consumir de hambre al joven druso que nos muestra el escritor latino royendo la borra de los colchones y lanzando imprecaciones contra Tiberio, que cuidaba de recogerlas asiduamente para repetir las luego en el senado.

Esta larga cadena de crímenes tienen lugar en una sola familia de dioses y de diosas. Si tanta era la degradación en el trono, ¿dónde encontraremos alguna moralidad? ¿Acaso en los palacios de los patricios donde se esperaba una simple invitación para prostituirse ó suicidarse, ó en el laboratorio de Locusta, por mucho tiempo instrumento del Gobierno, adonde acudían de todas partes buscando filtros para hacerse amar ó tósigos para acelerar la viudez ó la herencia?

Tácito, implacable historiador de tanta corrup-

ción, nos muestra las masas desenfrenadas invadiendo delirantes las gradas del circo para devorar con la vista la lucha de los gladiadores y combates de las fieras. Aurelio presenta en el circo un león enseñado á comer hombres, haciéndolo con tanta gracia, que el pueblo entusiasmado pide al emperador su libertad. El drama de Prometeo termina con un suplicio, clavado en una cruz. Laureolo, en una de estas representaciones, es devorado por una fiera. Imposible parece tanta depravación y que á tal grado llegue la degradación moral; sólo se explica en un pueblo huérfano de principios religiosos y entregado al sibaritismo, á la sensualidad; la misma corrupción invadía las provincias sometidas al Imperio, tal era el estado de la sociedad cuando la nascente Iglesia de Jesucristo se disponía á llevar la palabra de vida al lecho de muerte en que yacían los pueblos. Después de recibir el Espíritu Santo y formular el símbolo de la fe en el primer concilio celebrado en Jerusalén, los sacerdotes de la nueva ley empiezan á sembrar las semillas de la verdad cristiana, las sublimes enseñanzas de Jesús, y á pesar de las precauciones, de la perversión moral de los pueblos, del odio de los sacerdotes idólatras y de los poderes de la tierra, se insinúa en el corazón de los hombres, no bien los Apóstoles empiezan su misión en Jerusalén, recogen ópimos frutos, abrazan la nueva religión, más de tres mil personas se reúnen en el templo para orar y en las casas particulares para celebrar la Eucaristía y las agapes ó comidas en común; Pedro y Juan, que hacían muchos prosélitos, son encarcelados, prohibiéndoles predicar la religión de Jesucristo; protestan ellos que deben obedecer á Dios antes que á los hombres, incesantemente se ora por ellos; delibera el Sanhedrín, inclinándose la mayoría á condenarlos á muerte; pero habiéndose opuesto Gamaliel, doctor de la ley, son azotados en presencia de la asamblea y condenados al destierro; un ángel rompe sus cadenas; se acentúa la persecución, y Esteban y Santiago el Menor son los primeros atletas del Cristianismo, que sellan con su sangre sus doctrinas; el primero es apedreado por las turbas, el segundo es precipitado desde la azotea del templo por los fariseos, pero ¿qué importa? su martirio aumenta el fervor de sus hermanos, y nuevos soldados se alistan bajo la bandera de Jesús. El Cristianismo se propaga con tal rapidez, que este solo hecho es una prueba de su divinidad.

Además de Judea, Italia, Grecia y el Egipto, fueron evangelizadas por Pablo las provincias situadas entre el Éufrates y el mar Jonio. En el Apocalipsis se hace mención de las siete Iglesias de Asia, Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Laodicea y Filadelfia; en la Siria eran célebres las de Damasco, Berea (Alepo) y Antioquía, Chipre, Creta, la Tracia y Macedonia; acogieron á los Apóstoles en las repúblicas de Corinto, Esparta y Atenas; muy pronto penetra la luz de la verdad en la Armenia, que no acabó de convertirse hasta el siglo IV.

Una prisionera cristiana predica su doctrina en el Cáucaso, obligando al príncipe de Iberia á confesar la fe de Jesucristo. Todas las Iglesias se disputan el honor de haber sido fundadas por los Apóstoles.

Sulpicio Severo dice que la nueva doctrina tarda mucho en pasar al otro lado de los Alpes; en la Galia no aparecen más Iglesias que las de Lyon y Viena en tiempo de los Antoninos, y en el imperio de Decio las de Arlés, Narbona, Tolosa, Limoges, Clermont, Tour y París; la masa de la nación se convirtió después de las persecuciones.

Tertuliano dice en su *Apología*, que en el año 180 de Jesucristo, los cambrios y los caledonios, pueblos de la Gran Bretaña, no sometidos hasta entonces por las legiones romanas, abrazaron el Cristianismo.

Sabemos que Santiago evangelizó á España. Hay alguna incertidumbre sobre el origen de las Iglesias en Africa, donde floreció la semilla del Evangelio por los esfuerzos de un número considerable de esclarecidos varones, entre los que se distinguió San Cipriano.

En Etiopía aparecen traducidos los libros sagrados en el siglo II.

En Roma, según Tácito, en tiempo de Nerón, año 33 de Jesucristo, había un gran número de cristianos, y á los 80 años de Jesucristo, se quejaba Plinio de que estuviesen desiertos los templos de los dioses y que no hubiese compradores para las víctimas, culpando de ello á los cristianos.

En su desenvolvimiento el Cristianismo encuentra obstáculos poderosos, insuperables á las fuerzas naturales; la Iglesia de Jesucristo se encuentra en lucha abierta entre dos civilizaciones, una que nace, otra que agoniza, pero que no muere, sino que arrastrará su existencia por el fango de la tierra mientras exista la humanidad; la una profesa el mono-teísmo, la otra el politeísmo; proclama aquélla la inmortalidad del alma, la subordinación del libre albedrío á los principios de la moral, grabados por

el dedo de Dios en el corazón del hombre y consignados por Jesucristo en el Evangelio, prometiendo la felicidad en la vida futura á los humildes, á los que sufren con resignación las injusticias de la tierra; la otra establece como base la no existencia de una primera causa, y que el mundo y Dios es un solo mismo sér, niega la inmortalidad del alma y funda su moral sobre el placer.

El campo de batalla donde vienen á chocar ambas civilizaciones es Roma, la señora del mundo. Regía los destinos del pueblo Nerón; la Iglesia veía aumentarse el número de sus hijos; el pueblo los miraba con odio y ridiculizaba sus costumbres, que no podía comprender; el emperador manda pegar fuego á la ciudad, por satisfacer el capricho de cantar la destrucción de Troya á la luz del incendio. Habiendo esto producido mal efecto en la ciudad, declara autores del crimen á los cristianos y empieza la persecución de Nerón; ilumina sus jardines con cristianos, á quienes después de cubrir de pez, pegan fuego; son acusados de delitos que no han cometido; se les declara enemigos de los dioses y son condenados á luchar con las fieras. Cuando Domiciano trató de reconstituir el templo de Júpiter Capitolino, impuso un tributo á los hebreos, con quienes confundían á los cristianos, y habiendo rehusado éstos obedecer por no mancharse, aunque fuera indirectamente, con la idolatría, se declara la segunda persecución; ya en las actas se hace mención de Flavio Clemente, primo del emperador y su colega en el consulado con su esposa y su sobrina, Domitila; los cristianos, objeto de escarnio en todas partes, sin derechos y bastando sólo una delación para mandarlos al suplicio, con su mansedumbre y su amor á la doctrina de Jesucristo van ganando prosélitos en todas las clases sociales, y á las iniquidades de que son objeto, contestan confesando á Jesucristo. Juan, el apóstol amado de Jesús, es desterrado á la isla de Patmos, donde escribió el Apocalipsis. En Judea, los sobrinos del apóstol San Judas, primo hermano de Jesús, fueron acusados de aspirar á la preeminencia de la familia de David, á la que pertenecían; pero la sencillez de sus vestidos y sus contestaciones ingenuas alejan toda sospecha. Plinio el joven, nombrado procónsul de Bitinia y el Ponto, estuvo mucho tiempo indeciso entre su conciencia y el deber, al aplicar los decretos de persecución. El procónsul no cree reos á estos sectarios sino en el nombre sólo; hace justicia á la inculpabilidad de sus reuniones, y sin embargo les aplica el tormento para que declaren sus pretendidos crímenes (*Tertuliano en su Apología*), y no pide que se les absuelva, sino en qué proporción ha de castigarlos. Si son criminales, ¿por qué no se depuran los hechos? Cuando se dejaba tanta lentitud al arbitrio de los tribunales en tiempo de un Plinio y un Trajano, ¿qué no debía suceder en los días consagrados á los dioses y en el anfiteatro, cuando la plebe sedienta de sangre pedía cristianos á las fieras? ¿Cuánto no debía irritarse el orgullo de los procónsules al ver á un niño, una doncella ó un anciano confesar abiertamente á Jesucristo y permaneciendo impasibles ante las lisonjas y amenazas, negarse, no á la perpetración de un delito, sino al acto más sencillo del culto nacional! Poníanlos en el tormento, no para que confesasen su delito, sino para que lo ocultasen; y cuando perdían la esperanza de conseguir su apostasía los abandonaban á la plebe y al verdugo. Si sucumbían en la prueba, eran colmados de aplausos por los paganos y mirados con horror por los cristianos; los que sufrían animosamente los tormentos sin perder la vida, eran objeto de veneración, los fieles besaban las cadenas que habían llevado los confesores y las cicatrices honrosas, como condecoraciones ganadas con gloria en el anfiteatro. Institúan conmemoraciones anuales para los que sucumbían en los tormentos confesando su fe; recogían la sangre y los huesos de sus hermanos mártires para colocarlos bajo los altares donde se guardaba el Viático; la persecución estimulaba en los cristianos el amor á Jesucristo, hasta el punto de turbar las fiestas gentilicas para conseguir el martirio. Moderaban este entusiasmo los sabios jefes de la Iglesia, en cuanto les era posible; algunos que no se sentían con fuerza para triunfar en la prueba, compraban á magistrados avaros una certificación de haber cumplido los ritos prescritos; mentira que rescataban con la penitencia; aquellos que habían sucumbido en la prueba, pasadas las persecuciones, suplicaban se les admitiese de nuevo en la comunión, habiendo hecho antes penitencia. Pedro, Obispo de Alejandría, publicó 306 reglas, que debían observarse para ser admitidos de nuevo en el seno de la Iglesia: el que sucumbía después de largos tormentos, pase 40 días en rigoroso ayuno y en obras piadosas, y después admitíasele en la comunión; los que no han padecido por huir á causa del temor, un año de penitencia; el que engañe

artificiosamente á sus perseguidores, comprado libelos ó enviado paganos en su lugar, pague seis meses; un año el que se sustituya por esclavos cristianos; tres años los años que tolerasen ó mandasen hacer sacrificios á los ídolos.

A pesar de los escrúpulos de Trajano, sufrieron en su reinado muchos cristianos el martirio, y entre ellos Ignacio, Obispo de Antioquía, y Simón, de Jerusalén, siendo desterrado de su sede el Papa Clemente.

EDUARDO EGEA SÁNCHEZ.

(Se continuará.)

ROBESPIERRE

(Continuación.)

Escena IX.

BILAUD, COLLOT, TALLIEN Y ROBESPIERRE.

(Robespierre fingiendo no advertir la presencia de sus colegas, se va á sentar en uno de los sillones que rodean la mesa, sobre la cual se apoya ocultando su cabeza entre las manos.)

TALLIEN.

(Adelantándose después de algunos momentos de silencio.)

Robespierre, tus colegas del Comité de Salvación pública te saludan.

ROBESPIERRE.

(Alzando la cabeza.)

¡Ah! No os había visto, ciudadanos.

COLLOT.

Más de un mes hace que no asistes al Comité.

ROBESPIERRE.

He vivido cuarenta días en el retiro, á fin de verme libre de las envidias y de los odios que en otros lugares me rodean.

BILAUD.

¡No! Eso no te habrá librado de la peor de tus compañías, Maximiliano.

ROBESPIERRE.

¿De cuál?

BILAUD.

De la de tu soberbia.

ROBESPIERRE.

Tendré presente tu observación, Billaud.

TALLIEN.

(Aparte.)

Esto toma mal sesgo. (Alto.) Escucha, Robespierre. Parece que abrigas contra muchos de tus colegas, prevenciones injustas que fomentan enemigos encubiertos de la revolución. Nosotros hemos combatido siempre á tu lado. Todas las facciones enemigas nos han visto luchar juntos en primera fila y sus odios y sus anatemas nos alcanzan lo mismo que á ti. Hoy se intenta abrir entre nosotros un abismo, abismo en el cual se hundirá la libertad.

ROBESPIERRE.

Tranquilízate, Tallien. Porque vosotros faltéis, no ha de quedar indefensa la libertad.

BILAUD.

¡Por Júpiter! Si sólo hubiera necesidad de esgrimir la lengua...

COLLOT.

(Interrumpiéndole.)

Conservemos, ciudadanos, la calma que exige la gravedad de estos momentos.

TALLIEN.

Nuestra conciencia, Robespierre, no nos acusa de ninguna falta, á no ser que lo sea el haber encomiado constantemente tu virtud, tu elocuencia, tu patriotismo. Hemos aniquilado á nuestros enemigos de fuera y de dentro; pero en vez de detenernos en este camino fatal, una extraña fatalidad nos empuja, y pasamos el tiempo en acusarnos para concluir por degollarnos unos á otros. Habla, pues, y sepamos de una vez qué agravios te separan de tus antiguos compañeros.

BILAUD.

Te ofrecemos la paz ó la guerra. Elige.

ROBESPIERRE.

Elijo: salvar á la patria.

COLLOT.

No intentes ocultar tus planes homicidas detrás de una frase.

ROBESPIERRE.

¿Qué queréis de mí? Yo no me acuerdo para nada de vosotros. Los planes y maquinaciones de que me habláis, son creaciones de vuestra imaginación, inventadas por el placer de acusarme. ¡Ah! Yo os haría de buena gana el sacrificio de la vida que queréis arrancarme; pero mi vida es de la patria, hoy más que nunca amenazada por ambiciosos y traidores. Mi virtud os estorba y esa es precisamente la que no puedo sacrificaros. Quitadme mi conciencia y soy el más desgraciado de los hombres.

BILAUD.

¡Ah hipócrita! Tus jeremiadas son siempre preludio de nuevos crímenes.

COLLOT.

Es inútil que representes con nosotros el papel de víctima. Ya conocemos tu sistema de ataque.

TALLIEN.

Sí, basta de vaguedades, Robespierre. En el discurso que pronunciaste ayer en los Jacobinos, nos has designado nominalmente.

ROBESPIERRE.

(Aparte y levantándose.)

¿Querrán asesinar me? Tallien es hombre atrevido. (Alto.) ¿Estás seguro de que te he nombrado á ti, ciudadano Tallien, ó es que la conciencia te dice que he debido hacerlo?

TALLIEN.

(Aparte.)

¡Qué oigo! ¿Me estaré comprometiendo sin motivo?

(Desde aquí hasta el fin de la escena Robespierre se mantiene en actitud recelosa y observa de reojo á sus colegas al paso que se va acercando poco á poco hacia una de las puertas del fondo.)

BILAUD.

Yo te oí pronunciar su nombre.

ROBESPIERRE.

Billaud, tú no oyes más que lo que te sugiere tu imaginación calenturienta.

COLLOT.

Di, ¿por qué tu policía nos rodea de espías como si fuéramos los últimos criminales de la nación?

ROBESPIERRE.

Acabemos. Vuestros dictérios podrían despertar en mi alma la ambición, si yo pudiera sentir otra ambición que la del sacrificio. Por el deseo de inmortalme queréis hacer de mí un Cromwell; pero el pueblo nos conoce á todos. Si cayera mañana en las gradas de la tribuna herido por vuestros puñales, harto sabéis que no tendría para cubrirme el manto de César, sino la túnica de Espartaco. (Collet y Billaud quieren hablar.) Es inútil prolongar esta conferencia. Yo no puedo impedir que vuestros corazones dejen de rebotar odio contra mí, ni vosotros podéis lograr que este ciudadano incorruptible deje de velar por la salvación de la patria. (Con la mano en el pestillo de la puerta.) El pueblo nos juzgará mañana. ¡Que tiemblen los que le engañan!

(Sale cerrando la puerta precipitadamente tras de sí.)

Escena X.

DICHOS, MENOS ROBESPIERRE.

BILAUD.

Ya lo veis. Este es el fruto que hemos sacado de humillarnos ante ese hipócrita vanidoso y sanguinario.

COLLOT.

Ya lo has oído, Tallien. ¿Abrigas todavía alguna duda acerca de sus intenciones?

TALLIEN.

¿Qué queréis que os diga? Sólo veo claro que hemos cometido, irritándole, una imprudencia que nos puede costar muy cara.

COLLOT.

¡Ah Tallien! Veo que te has dejado engañar por la doblez de sus palabras. ¿No sabes que Robespierre nunca acomete de frente, sino cuando la víctima ya no puede escapársele? Mañana te arrepentirás de tu imprudente confianza. Aun esperas alcanzar gracia del tirano, pero te engañas. Sabe que has criticado su último discurso y eso no lo perdona nunca.

BILAUD.

Sí, estás perdido.

TALLIEN.

Entendamos, compañeros. Vosotros podéis tener vuestras razones para no vacilar, pero yo no estoy en el mismo caso. Aun no sé si mi cabeza está

destinada al cesto, y no quiero arriesgarla en un juego en que tenemos diez probabilidades contra una, de salir mal.

COLLOT.

Tu egoísmo puede perderte y perdernos á todos.

TALLIEN.

¡Mi egoísmo! ¿Acaso os mueve á vosotros un sentimiento mejor? Aquí cada cual debe atender á su propia conservación; el Terror no nos permite ser generosos. Las cuentas que se abren con Robespierre, son siempre saldadas por el verdugo, y no estoy tan mal con mi vida que la vaya á comprometer locamente, mientras no me obligue á ello imperiosa necesidad. Por lo tanto, no contéis conmigo. (Al ver á Florval que entra.) ¡Ah!...

Escena XI.

DICHOS, ENRIQUE.

COLLOT.

(A Enrique.)

¿Cómo te atreves á entrar aquí?

ENRIQUE.

He sido llamado por el ciudadano Robespierre. (A Tallien en voz baja.) Tengo que hablarte.

TALLIEN.

(A Collet y á Billaud.)

Aguardad. (Se retira á un lado con Enrique.) ¿Qué hay de nuevo?

ENRIQUE.

Una mala noticia. Teresa está perdida.

TALLIEN.

¡Cómo!

ENRIQUE.

Hoy mismo debe comparecer ante el Tribunal revolucionario.

TALLIEN.

(Con ira.)

¡Ah miserable Fouquier!

ENRIQUE.

No le culpes. El te hubiera cumplido su palabra; pero ha recibido orden superior.

TALLIEN.

El Comité no ha dado semejante orden.

ENRIQUE.

La ha dado Robespierre.

TALLIEN.

¡Ah! ¡Conque ha sido Robespierre! (En voz alta y resuelta á Collet y á Billaud.) Ciudadanos, hace un momento me he negado á participar con vosotros de los riesgos de la lucha que vais á emprender contra el tirano. Ya he cambiado de resolución. No sólo podéis contar conmigo, sino que reclamo el primer puesto en la batalla.

COLLOT.

(Con alegría.)

¡Ah! por fin...

BILAUD.

(En voz baja á Tallien.)

Mira que nos oye el secretario de Fouquier, y Fouquier no es más que un vil lacayo de Robespierre.

TALLIEN.

Nada temáis; respondo de Florval como de mí mismo.

BILAUD.

(Receloso.)

Sin embargo...

TALLIEN.

Sospecho además que bajo la máscara de Florval el terrorista, se oculta...

ENRIQUE.

Un enemigo implacable de Robespierre, y esto es lo que por ahora interesa saber á tus dos colegas.

TALLIEN.

El tiempo vuela. Es preciso arrastrar á la Convención obrando con audacia y rapidez. Influid vosotros con los miembros de la montaña, yo procuraré entenderme con los jefes de la llanura: de ésta depende el éxito de la jornada. Si consiguiéramos infundirle un poco de energía...

BILAUD.

Para eso sería preciso evitar que ocuparan las tribunas públicas, los bandidos asalariados por el Ayuntamiento y los jacobinos.

TALLIEN.

¡Ah! Que no podamos disponer de los intrépidos muchachos que me han prestado hoy tan buen servicio en las galerías del palacio real!

COLLOT.

¿Hablas de la juventud dorada?

TALLIEN.

Sí; pero ¿quién conoce á su misterioso jefe?

ENRIQUE.

Tú le conoces, ciudadano Tallien.

TALLIEN.

¿Qué dices? Vamos á verlo al instante.

ENRIQUE.

Para eso no tienes necesidad salir de esta sala.

TALLIEN.

¿Eres tú?

ENRIQUE.

Yo soy.

BILLAUD.

¡Cómo!

COLLOT.

• Sepamos quién eres tú.

ENRIQUE.

¿Qué os importa saber mi verdadero nombre, sabiendo que podéis contar conmigo? Yo pertenezco, ciudadanos, á una de aquellas familias de la raza proscripta para quienes era dogma el cumplimiento de la palabra empeñada, y os juro por mi honor que podéis confiar en mí.

TALLIEN.

Yo lo he hecho y no tengo motivos para arrepentirme. Además nos falta tiempo para desconfiar de los que nos ofrecen su concurso. Di, Florval, ¿podrás hacer que se apodere de las tribunas públicas la juventud dorada?

ENRIQUE.

Sí, allí estaré yo para dirigirla.

COLLOT.

Basta, Billaud. Vamos á reunirnos con nuestros colegas para concertar el plan de batalla. Tallien, nos veremos en los Franciscanos.

TALLIEN.

No faltaré.

(Vanse Collot y Billaud.)

Escena XII.

ENRIQUE, TALLIEN.

TALLIEN.

¿Sabe Teresa que debe comparecer mañana ante el Tribunal?

ENRIQUE.

No, pero será citada esta misma tarde.

TALLIEN.

¿Cómo soportará este golpe?

ENRIQUE.

Como una antigua romana. El corazón de Teresa es varonil.

TALLIEN.

Pero ¿qué pensará de mí? ¿Creerá que la abandono por el amor de otra mujer!

ENRIQUE.

No por cierto: creerá que la abandonas por el amor de tu cabeza.

TALLIEN.

¡Ah! No conoce la violencia de mi pasión. No sabe que he sido cobarde por salvarla. Su vida era la prenda tácita que sellaba el pacto de mi complicidad con Robespierre. Pero el pacto está roto. Si no puedo arrancarla mañana de las garras del verdugo, pereceré con ella.

ENRIQUE.

Tallien, los diputados no pueden ser presos sino mediante un decreto de la Asamblea... Yo en cambio no tengo ni un momento seguro... Quizás en este mismo instante los esbirros de Robespierre me andan ya á los alcances.

TALLIEN.

¿Y vienes á ponerte tú mismo en sus manos? ¿Por qué no te ocultas?

ENRIQUE.

Porque necesito estar en la brecha y no hay riesgo capaz de hacerme abandonar mi puesto. Te advierto que Robespierre puede venir, y no conviene que nos vea juntos.

TALLIEN.

(En voz baja y con airada resolución.)

Florval, somos dos hombres de corazón. ¿Por qué no purgamos aquí mismo la tierra de ese monstruo?

ENRIQUE.

Porque cayendo de ese modo, no caería el Terror con él: es preciso que Robespierre caiga en la Convención.

TALLIEN.

Es verdad: te dejo. Di á Teresa, que mañana será libre ó Tallien irá á reunirse con ella.

C. SUÁREZ BRAVO.

(Se continuará.)

PROGRESO DE LOS TRABAJOS DEL CANAL DE PANAMÁ

N el período de organización, que se extiende de 1881 á 1882, se procuraba descubrir cuál sería el mejor método de cavar, escombrar y transportar la tierra sacada del terreno. Fijados esos datos y calculado el cubo de cada sección, era fácil determinar el valor de los trabajos que se trataba de emprender, así como el tiempo que exigiría su ejecución. Se concluyó entregando, en 1882, las diversas secciones del canal á cierto número de contratistas de diversos países, franceses, ingleses, americanos, holandeses y otros, comprometiéndose cada contratista á ejecutar por su cuenta y riesgo la tarea confiada en sus manos.

Muchas y grandes son las ventajas que sacó la Compañía de ese sistema de división del trabajo. En 1883 se habían abierto en toda la línea del canal, es decir, desde Colón á Panamá, de mar á mar, 23 tajos de excavación y tres tajos accesorios. Tratóse desde el principio de instalar esos tajos, construir y colocar las máquinas y establecer los ferrocarriles destinados al transporte de la tierra sacada del terreno. Todos esos trabajos preliminares exigían mucho tiempo, por lo cual no era fácil evaluar la importancia de los resultados contando solamente el cubo del terreno extraído y transportado. Desde principios del año 1885, se han quitado en el mes de Enero 550.000 metros cúbicos, 627.000 metros cúbicos en Marzo y 798.000 metros cúbicos en Mayo; y se ha estudiado la situación higiénica de las 20.000 personas empleadas.

La marcha de los trabajos ha adelantado con arreglo á lo previsto por los directores. Las únicas dificultades que se han presentado consisten por una parte en la presencia de grandes peñas que se encuentran en las bahías de Colón y de Panamá, y por otra en la importancia de los trabajos emprendidos en el desmonte de la Culebra. Se ha vencido la primera dificultad por medio de un procedimiento nuevo para extraer las rocas submarinas que no tienen gran profundidad, y la segunda por medio de una modificación del contrato celebrado entre la Compañía y los empresarios encargados de cavar la gran zanja de la Culebra. Esos empresarios se han obligado á quitar, mediante la cantidad de 8 francos por metro cúbico, los 20.000.000 de metros que representan la capacidad de dicha zanja desde las cordilleras hasta el plano del canal, es decir, á 9 metros sobre el nivel del mar. Se ha pedido al efecto un plazo que llega al 1.º de Julio de 1889; espérase, sin embargo, que se pueda ver el fin de esos trabajos antes del 31 de Diciembre de 1888.

Por lo que atañe al coste colectivo del canal, según lo fija la Memoria aludida, resulta de los documentos suministrados por el director general de las obras que, atendida la índole de ciertos terrenos, es muy probable que se llegue á reducir de 120 á 95.000.000 de metros cúbicos el volumen de las tierras que se trata de quitar. Sin embargo, con el fin de evitar equivocaciones en los cálculos, la Compañía prefiere mantener el cómputo de 120 millones. Los contratistas que están cavando el canal en casi todo su ancho, se han comprometido á extraer la cantidad de 62.691.595 metros cúbicos por la suma de 219.295.974 francos, ó sean 220.000.000 de francos en números redondos. Los contratos celebrados con los dos empresarios que se han obligado á entregarnos el canal terminado completamente hasta el fondo, permiten fijar en 480.000.000 de francos los gastos de la terminación. De tal modo, el canal propiamente dicho costaría 700.000.000. Agregando á esa suma los gastos generales, las cargas sociales y administrativas y los intereses correspondientes á acciones y obligaciones, se encuentra que los gastos totales de la construcción del canal van á ascender á 1.200.000.000 de fran-

cos. Los actuales recursos de la Compañía importan 471.000.000, y la Junta general acordó conceder á su director los recursos adicionales con arreglo al plan que había presentado al efecto, el cual consiste en emitir 600.000.000 en obligaciones.

AGUAS POTABLES**CONCLUSIONES**

ADOPTADAS POR EL CONGRESO FARMACÉUTICO
CELEBRADO EN BRUSELAS EN 1885.



NA de las cuestiones más importantes en que se ha ocupado el Congreso farmacéutico que se ha celebrado este año en Bruselas es, sin duda alguna, el estudio de las aguas potables. La Junta de organización del Congreso encargó este trabajo á los señores Vande-Vyvere, Ch. Blas y Van Melckebeke; de ellos el primero ha presentado dictamen aparte: son, pues, dos las Memorias redactadas y en ambas tratan sus autores extensamente de los elementos constitutivos de las aguas y de los análisis cualitativo, cuantitativo, examen de residuos y análisis microscópico y bacterioscópico.

La discusión de las Memorias se hizo en la Asamblea general en dos sesiones. Además en la sección tercera, después de leer un trabajo del Dr. Colignón referente á la higiene y aguas potables del principado de Mónaco, el Sr. Cannizaro expuso algunos datos acerca de las aguas de Roma, pidiendo que todos los Gobiernos procedan al análisis de las aguas potables de cada nación.

Las conclusiones aprobadas por la Asamblea general son las siguientes:

1.ª El agua debe ser limpia, trasparente, incolora, sin olor y sin materias en suspensión.

2.ª Debe ser fresca, de sabor agradable, sin grandes variaciones en su temperatura, y no pasar ésta de 15º centígrados.

3.ª Debe estar aireada y tener en disolución cierta cantidad de ácido carbónico. El aire que encierre ha de ser más rico en oxígeno que el aire atmosférico, hasta contener de 30 á 38 por 100 de oxígeno.

4.ª La cantidad de materias orgánicas, valuadas por el ácido oxálico, no debe pasar de 20 miligramos por litro.

5.ª La materia orgánica nitrogenada, destruida por una solución alcalina de permanganato de potasa (procedimiento de Wauklyn y Chapman), no debe dar más de 0,1 mm de nitrógeno por litro de agua.

6.ª No debe contener más de medio miligramo de amoniaco por litro.

7.ª Un litro de agua no debe contener más de 0,5 gramos de sales minerales y en las proporciones siguientes:

Anhidrido sulfúrico.....	60 miligramos.
Cloro.....	8 "
Anhidrido nítrico.....	2 "
Oxidos alcalino-térreos..	200 "
Sílice.....	30 "
Hierro.....	3 "

8.ª El agua potable no debe contener nitritos, ni hidrógeno sulfurado, ni sulfuros, ni sales metálicas precipitables por ácido sulfhídrico ó sulfhidrato amónico, á excepción de indicios de hierro, aluminio y manganeso.

9.ª El agua no debe adquirir olor desagradable después de haber sido conservada en un vaso cerrado ó abierto.

10.ª No debe contener microzoarios, microfitos, saprofitos, ni leptotrices, leptomites, hyfetotrices y otras algas blancas, ni infusorios y bacterias, ni ninguno de semejantes seres en vías de descomposición.

11.ª La adición de azúcar blanca pura no debe desarrollar *fungos*.

12.ª Cultivada con gelatina no debe producir bacterias que liqüiden la gelatina en menos de ocho días.

MISCELÁNEA

Aunque la prensa diaria lo ha divulgado, creemos un deber el consignar aquí el relato de lo sucedido en el convento de Capuchinas de esta Corte á una religiosa enferma de tisis pulmonar, y curada instantáneamente por la intercesión de San José. El relato ha sido plenamente confirmado por el médico Dr. Vegas, que figura en el suceso.

«El día 6 de Septiembre de 1884 ingresó en el

monasterio de las Capuchinas de esta Corte, en clase de novicia, una joven de veintidós años de edad, llamada doña Angela Vegas.

"Durante el año de noviciado dió inequívocas muestras de su vocación para el claustro, ingresando en la comunidad el día 6 de Septiembre de 1885 con el nombre de sor Encarnación.

"Pocos días después de haberse despedido del mundo se sintió enferma, y su dolencia fué inspirando serios temores al Dr. Vegas, tío carnal de la paciente y encargado á su vez de la enfermería del monasterio.

"A los dos meses el referido doctor tuvo consulta con otros dos profesores, conviniendo todos que el estado de sor Encarnación era grave, diagnosticando la dolencia de tisis pulmonar.

"Los continuos y abundantes vómitos de sangre que se presentaron iban minando su vida.

"Sus compañeras de claustro apenas la dejaban un momento sola y animaban su abatido espíritu con fervorosas oraciones, que la enferma repetía dirigiendo la vista á la imagen de San José, colocada en aquella triste mansión.

"El 21 de Febrero último, víspera del día en que la comunidad se preparaba para comulgar, la enferma sor Encarnación se agravó de tal modo, que el Dr. D. Manuel Vegas encargó á las religiosas encomendaran su alma á Dios.

"En aquella ocasión la madre de la paciente (doña Eloisa Vegas Martínez, profesora de instrucción primaria y establecida en la casa número 17, segundo, de la calle de los Reyes), no se separaba ni un instante del torno, para preguntar por el estado de su hija.

"En la madrugada del siguiente día 22, sor Encarnación tuvo momentos en los cuales las religiosas creyeron había fallecido.

"Poco después de las seis, toda la comunidad bajó á recibir la Sagrada Forma, incluso la enferma, que, á fin de cumplir con este precepto, dejó unos momentos sola á sor Encarnación.

"Cuando la asistenta penetró en la enfermería, la paciente, sentada en el lecho, exclamaba: «Avisé á las demás hermanas: ya estoy buena; San José me ha curado. ¡Yo quiero comulgar!

"La enfermera comenzó á dar voces, y las monjas, al ver y escuchar á sor Encarnación, la abrazaron y llenas de admiración y fervor comenzaron á elevar sus preces al Altísimo.

"Me quiero levantar," repetía la poco antes espirante religiosa.

"El monasterio de las Capuchinas parece que en la mañana á que nos referimos ofrecía un aspecto animadísimo.

"Sin pérdida de momento, el demandadero fué á la casa núm. 36, piso segundo, de la calle Ancha de San Bernardo, habitación del Dr. D. Manuel Vegas, quien enterado de lo que ocurría, y no queriendo creer tan fausta nueva, se presentó precipitadamente en el convento.

"Al llegar al vestíbulo, se encontró, según se asegura, á su hermana doña Eloisa, quien le dijo:

"Por Dios Manuel, sal pronto y dime si mi hija es cierto que está completamente buena, ó tal vez se me ha dicho porque ha dejado de existir y ya no padece."

"Ya el referido doctor en la enfermería, y en presencia de sor Encarnación, no pudo menos de sobrecojerse ante la realidad, y profundamente conmovido salió de aquella estancia para manifestar á la madre de la religiosa que ésta se hallaba en efecto en el más satisfactorio estado.

"La escena que entre el médico y su hermana tuvo lugar, pueden figurársela nuestros lectores.

"El doctor, no obstante lo que había presenciado, volvió á entrar en la enfermería é invitó á sor Encarnación á que diera algunos paseos por la estancia, lo cual efectuó aquella sin el menor inconveniente.

"No contento con esto el Dr. Vegas, hizo que subiese y bajase las escaleras del convento, lo cual practicó sor Encarnación sin cansarse lo más mínimo.

"Dícese que, plenamente convencido el doctor de que era realidad la completa curación de su sobrina, comenzó á exclamar: ¡Milagro! ¡milagro! y paseó diferentes veces en sus brazos la efigie de San José.

"La religiosa sor Encarnación oyó misa á las diez de aquella misma mañana, y al siguiente día recibió la comunión en completo estado de salud, como hoy se encuentra.

"Todo cuanto llevamos expuesto, no obstante que nos creemos perfectamente enterados por las respetables personas de que nos hemos valido, lo consignamos con toda clase de reservas."

Tomamos de una correspondencia de Valencia la siguiente noticia, que tiene gran interés para la cien-

cia católica, y que leerán con gusto los estudiosos:

"La nueva Junta directiva (de la *Juventud Católica*) hace lo que puede por reanimar aquel centro católico, y lo conseguirá, en parte, con las conferencias que prepara. El jueves 25 disertó ya D. Ricardo Serrano Chassaing, concejal por cierto del Ayuntamiento de Valencia, acerca del estado intelectual y moral de España en los siglos XVI y XVII, para determinar luego los progresos realizados en la pasada centuria. Mañana, 31, el reputado astrónomo D. José J. Landerer, hablará de la *evolución del universo*, y el domingo próximo comenzará una serie de importantísimas conferencias el P. Vicent, de la Compañía de Jesús, que atraerán indudablemente tan escogido como numeroso público, y nos recordarán tiempos más prósperos para la Academia. Me consta que el P. Vicent se propone deslindar con exactitud el campo positivo y puramente científico del dogmático y religioso, para que las personas timoratas no se escandalicen á cada paso y sin fundamento con cada nueva teoría ó descubrimiento científico que presentan las ciencias modernas; y los hombres de ciencia, por el contrario, entiendan y respeten el dogma católico, que ni se opone ni se ha opuesto nunca á la verdadera ciencia. A primera vista se comprende la importancia y oportunidad del asunto, y claro está que para desarrollarlo convenientemente, se necesitan condiciones tan excepcionales como las que concurren en el P. Vicent.

"No quiero llamarle sabio, naturalista, teólogo, fisiólogo, filósofo, histólogo, micrografo, etc., etc., ¿para qué? Valencia entera sabe que acaba de hacer grandes estudios bajo la dirección de maestros celeberrimos, en las universidades de Bon y de Lovaina, y que la modesta celda del fraile lo mismo que los bien provistos gabinetes del colegio de San José, son visitados continuamente por catedráticos, médicos, naturalistas y estudiantes de Facultad, que acuden á oír las últimas palabras de la ciencia de labios del P. Vicent, á contemplar con el microscopio preparaciones recientes, y aun á hacer bajo su dirección comprobaciones y experimentos curiosísimos. Y téngase entendido que no acudimos allí únicamente los católicos, sino hasta algunos materialistas. Es, pues, indudable que, para oír al P. Vicent, serán pequeños los salones espaciosos de la *Juventud Católica* de Valencia."

En efecto, el P. Vicent es una gloria de la ilustre Compañía de Jesús por su especial profundidad en los estudios fisiológicos y micrográficos. Es un sabio de veras, como hoy hay pocos.

El cañonero «Filipinas». — El procurador de las misiones españolas en Hong-Kong, Sr. Fernando Ruiz, ha firmado, en nombre del señor Arzobispo de Manila, el contrato con la compañía «Hong-Kong Wom psa Dock Co. Limited» para la construcción de un cañonero de primera clase, que se llamará *Filipinas*, por la suma de 110.000 pesos. El buque tendrá 165 pies ingleses de eslora, 23 y seis pulgadas de manga de los baos, 12 de puntal y 10 de calado máximo. El casco será de acero, y deberán emplearse en la construcción materiales superiores; las máquinas serán dos, de alta y baja presión, cilindros invertidos y de dos hélices, y la velocidad será de 14 millas por hora.

Llevará aparejo de goleta y estará provisto de bombas, aparatos del timón, leva, maniobras de fuerza para la destilación del agua, y todos los adherentes más modernos para buques de esta clase. Tendrá de embarcaciones menores dos botes de 10 á 12 remos, otro de 8, dos canoas y un chinchorro. El plazo de construcción es el de un año y el pago se efectuará en tres plazos: 30.000 pesos al comenzar las obras, 50.000 al botarse al agua y los 30.000 restantes al recibirse el buque después de las pruebas.

El armamento consistirá en tres cañones del sistema Hontoria, dos ametralladoras de cuatro cañones, dos de cinco y dos cañones de tiro rápido.

¡Llor al patriotismo de nuestros misioneros de Filipinas!

Julio Verne puede estar satisfecho; sus invenciones se llevan á la práctica por sabios de la fuerza de Nordenfield, el famoso inventor de las ametralladoras.

He aquí la descripción de un verdadero *Nautilus* con el cual se han hecho ya algunas experiencias.

Sus dimensiones no son grandes, pero las bastantes para dar aire y dejar espacio suficiente á los cuatro hombres que han de tripularlo, pudiéndose además construir otros mayores.

De acero, y de forma de cigarro, tiene una longitud de 64 pies por 12 de ancho y 11 de profundidad; sobre la cubierta hay una torrecilla de un

pie, formada por una cúpula de cristal que permite la entrada y salida del buque, y deja en libertad al capitán para examinar lo que pase á su alrededor cuando suba á la superficie del agua.

Lo más característico del buque es la instalación de timones perfectamente equilibrados, que permiten que, á voluntad, la marcha del buque sea horizontal, en tanto que dos hélices, dispuestos al efecto, le permiten bajar al fondo y á la profundidad que se desee. De este modo, siempre es uno dueño de dirigirlo como mejor le parezca.

Tampoco se corre el riesgo de que se hunda oblicuamente cuando se marcha hacia atrás ó hacia adelante. Por otra parte, se ha encerrado herméticamente á dos hombres durante seis horas en el buque, y ellos han declarado que nada han sufrido, ni por falta de aire ni por exceso de calor, y esto sin que se emplee ningún aparato químico ni de otro género para la purificación del aire.

Sólo un instrumento adecuado permite á cada instante apreciar las cualidades del aire, que se refresca por un procedimiento especial.

El motor empleado para que se muevan todas las máquinas y aparatos de propulsión, se alimenta por el vapor ordinario, y sólo se utiliza para marchar por bajo del agua. Fuera de ese caso, se emplea la máquina ordinaria.

No hay peligro de que el agua se introduzca en el casco, en el cual hay bombas poderosas; mientras que los aparatos necesarios para la inmersión obran automáticamente, se detienen por sí mismos cuando se ha llegado á la profundidad fijada en la que le mantienen.

El buque anda bajo el agua 22 kilómetros por hora, y el armamento se compone de un torpedero en proa, Wilhead, otro Nordenfield en popa y una ametralladora de cinco cañones que puede lanzar granadas de dinamita, montada cerca de la torre.

El progreso material de nuestro siglo va en aumento: ¡ay del día en que tantos adelantos sean explotados por los enemigos de la sociedad! La explotación ya empieza; y si no, que lo diga la dinamita.

ADVERTENCIAS

Rogamos á los señores suscritores que se hallen atrasados en el pago de sus suscripciones, que nos envíen lo antes posible lo que adeudan á esta Administración, pues se trata de intereses de pobres huérfanos á los cuales perjudica considerablemente el atraso en el cobro de las suscripciones vencidas.

Algunos señores suscritores nos piden, como en años anteriores, tapas para la encuadernación de los tomos del periódico. Hemos calculado este asunto, y para que pueda tener cuenta á los suscritores y á la empresa, conviene hacer de una vez lo menos ciento.

Las tapas serán elegantísimas, en tela, con estampaciones en negro y oro, y servirán para uno ó dos tomos. Su coste será 20 reales. A fin de calcular la tirada que ha de hacerse, pueden los señores suscritores que las deseen hacer los pedidos desde luego, y en su día se les avisará el envío, si, como esperamos, el pedido llega á ciento y pueden fabricarse. Creemos inútil añadir que las tapas serán obra de los talleres de encuadernación del Asilo.

No se servirán reclamaciones gratis por faltas del periódico, que no se hagan en el plazo de dos meses. Después costará dos reales el número.

Debemos recordar á todos los señores suscritores, así de España como de Ultramar, que las suscripciones, según la práctica constante, se pagan adelantadas.